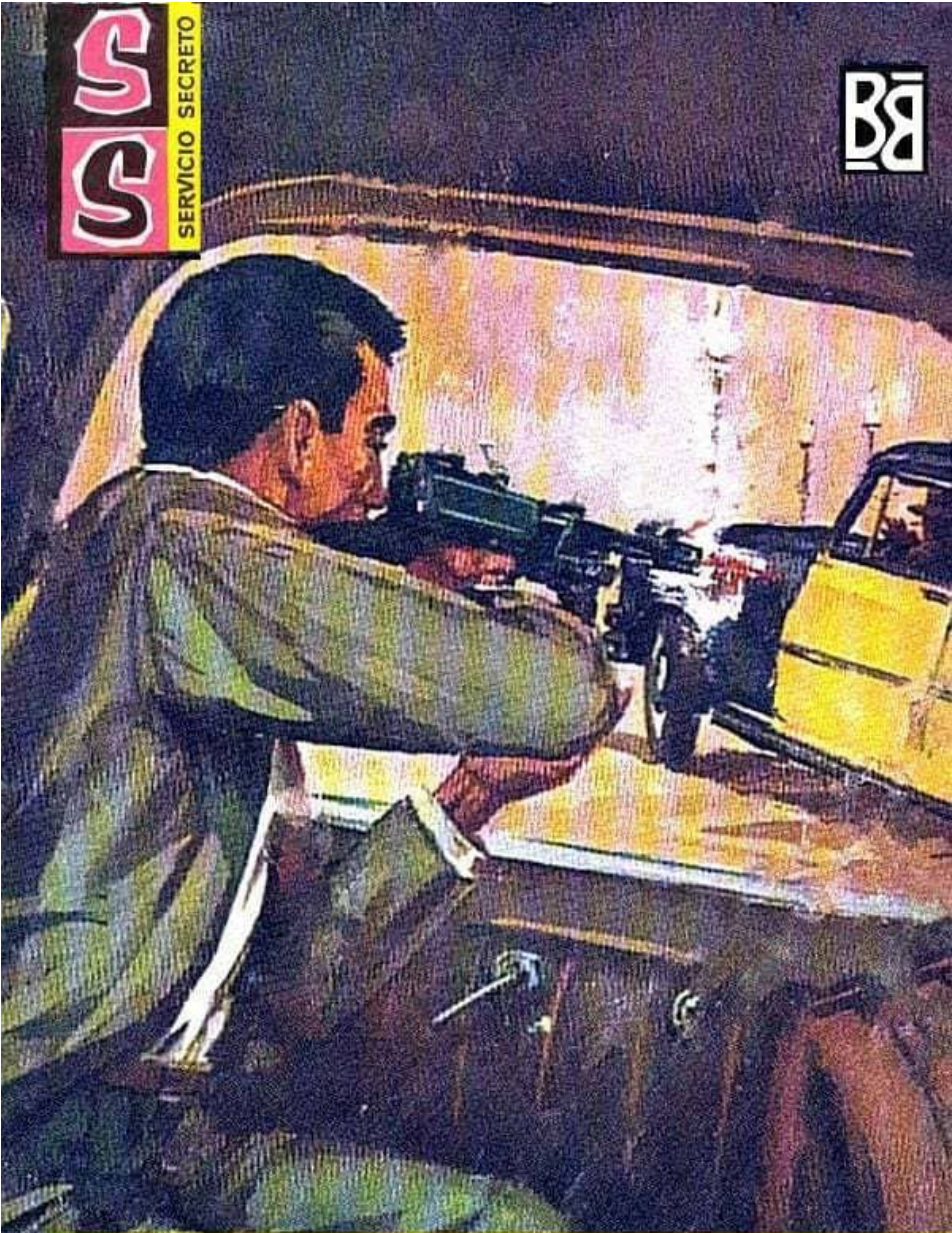


**S**  
**S**  
SERVICIO SECRETO

**B**  
**B**

A man in a dark suit and white shirt is shown from the side, aiming a handgun towards the right. He is sitting in the back of a yellow taxi. The background is a blurred city street scene with other vehicles and buildings. The overall style is that of a pulp magazine illustration.

# **LA MUERTE VIAJA EN TAXI**

george h. white

Eran pasadas las seis de la tarde cuando Daniel Haley dejó a su último pasajero en Baker Street. Estaba anocheciendo y hacía frío.

Después de consultar el reloj del cuadro de su automóvil, Dan calculó que todavía podría llegar a tiempo de esperar a su hermano y encontrarse en el andén de la estación Terminal cuando éste se apeara del tren. Pedro haría una mueca y se sorprendería mucho al verle con el uniforme y la gorra de taxista, pero Dan se mostraría inflexible con él y le exigiría el importe de la carrera que señalara el taxímetro cuando llegaran a casa.

Llevando la bandera alzada para que no corriera el taxímetro, Dan Haley subió por Baker Street hasta Fell Street y dobló a la izquierda bajando por esta última vía de nuevo en dirección a la bahía.

La jornada había sido muy dura, como correspondía a una ciudad como San Francisco en vísperas de la Navidad. Todo el mundo parecía tener que comprar algo por aquellas fechas.



George H. White

# **La muerte viaja en taxi**

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 722**

**ePub r1.0**

**Lds 29.10.17**

Título original: *La muerte viaja en taxi*

George H. White, 1964

Cubierta: José Cuetiella

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**GEORGE H. WHITE**

**LA MUERTE  
VIAJA EN TAXI**

**Col. SERVICIO  
SECRETO n.º 722  
Publicación semanal  
Aparece los MIÉRCOLES**

**EDITORIAL  
BRUGUERA, S. A.  
BARCELONA  
BUENOS AIRES  
BOGOTÁ**

## CAPÍTULO PRIMERO

Eran pasadas las seis de la tarde cuando Daniel Haley dejó a su último pasajero en Baker Street. Estaba anocheciendo y hacía frío.

Después de consultar el reloj del cuadro de su automóvil, Dan calculó que todavía podría llegar a tiempo de esperar a su hermano y encontrarse en el andén de la estación Terminal cuando éste se apeara del tren. Pedro haría una mueca y se sorprendería mucho al verle con el uniforme y la gorra de taxista, pero Dan se mostraría inflexible con él y le exigiría el importe de la carrera que señalara el taxímetro cuando llegaran a casa.

Llevando la bandera alzada para que no corriera el taxímetro, Dan Haley subió por Baker Street hasta Fell Street y dobló a la izquierda bajando por esta última vía de nuevo en dirección a la bahía.

La jornada había sido muy dura, como correspondía a una ciudad como San Francisco en vísperas de la Navidad. Todo el mundo parecía tener que comprar algo por aquellas fechas.

San Francisco, «la perla del Pacífico», se adornaba con sus mejores galas, y su centro comercial era un ascua de luces y guirnaldas, de abetos animados de pequeñas bombillas y escaparates donde los artículos se presentaban tentadoramente empacados en celofán y atados con cintas de colores.

La Navidad tenía aspectos muy particulares, distinguiéndose entre otros por la amabilidad de la gente y el afán de todo el mundo en gastar dinero y rodearse de lo mejor.

—Siempre debería ser Navidad —decía la señora Haley suspirando.

Dan pensó en el grandullón de su hermano, que llegaba hoy desde Nueva York y ayudaría complacido a la señora Haley a

instalar e iluminar el tradicional árbol de Noel en el *hall* de la casa paterna.

Antes, casi siempre había sido Dan quien ayudaba a su madre a instalar el pino, pero este año Dan estaba muy ocupado conduciendo un taxi, y su amor propio le impedía solicitar una licencia del severo y justamente encolerizado míster Haley.

Si era preciso, Dan conduciría su taxi también el día de Navidad, mientras el resto de la familia se reunía en torno del tradicional árbol. Pero, naturalmente, esperaba que su padre no se lo permitiría.

Rumiando para sí estos pensamientos, Dan llegó a la calle Décima y detuvo su auto ante la luz roja de un semáforo. Un auto avanzó por la derecha y se situó junto al de Dan y a la misma altura de éste, mientras los peatones cruzaban la calle.

Dan volvió la cabeza. El auto era un «Ford» del año anterior, pintado del mismo color gris y, como el de Daniel, adaptado también para taxi, pero de una compañía distinta. Mientras Dan estaba mirando el conductor volvió los ojos y ambos cambiaron una mirada de reto.

La competencia era muy reñida entre las dos compañías, que luchaban entre sí por ganar el favor del público.

Desde que rompieron su sociedad, tanto Lewis como Haley habían puesto en servicio nuevos coches. Esto había obligado a ambos a hacer importantes inversiones de capital, contratando más conductores y doblando casi el número de taxis en circulación. Pero al rodar más taxis, no habiendo aumentado en igual proporción los clientes, ocurría que un excesivo sobrante de taxis permanecían ociosos durante la mayor parte del día.

Teniendo en cuenta que aun inmovilizados los autos producían gastos de amortización, y los conductores cobraban igualmente un sueldo, esto significaba una cuantiosa pérdida diaria, que ni Lewis ni la Compañía Haley podrían soportar durante mucho tiempo.

La luz roja del semáforo cambió a ámbar. Los últimos peatones apresuraron el paso para, terminar de cruzar la calle y los vehículos detenidos se prepararon para arrancar.

Al brillar la luz verde, tanto Dan como el conductor del taxi competidor arrancaron al mismo tiempo. Para un taxista hábil que anda en busca de clientela, ir delante del competidor podía

significar ver primero al usuario situado en la acera. Los dos coches, igualmente potentes, aceleraron manteniéndose a la misma altura, pero finalmente venció la tenacidad de Daniel.

Dan empezaba a sacar ventaja al taxi de Lewis cuando repentinamente vio a la mujer que hacía señas desde el bordillo de la acera.

Casi al mismo tiempo, el conductor del otro coche vio también a la elegante mujer, pero Daniel ya había sacado todo el capó de ventaja al taxi competidor y dobló bruscamente hacia la derecha, obligando al otro a virar en el mismo sentido y aplicar rápidamente los frenos para evitar la colisión.

Al frenar bruscamente, un coche que venía detrás embistió por la zaga al taxi de la Compañía Lewis. El estrépito del acero, al entrar los coches en colisión, se escuchó al mismo tiempo que el chirrido de las llantas cuando Dan frenaba y detenía su auto arrimado al bordillo de la acera.

Dan miró atrás al mismo tiempo que alargaba la mano por encima del respaldo del asiento y abría la portezuela a la mujer. Por lo que pudo ver, el choque había sido de poca importancia entre el taxi competidor y el auto que le embistió por detrás. Pero el tráfico se había detenido y el conductor de Lewis abría la portezuela y saltaba a la calzada gritando insultos al causante del estropicio.

—¡Imbécil, desdichado! ¡Baja y mira lo que has hecho!

El indignado sujeto se dirigía hacia el coche de Daniel cuando fue alcanzado por el propietario del auto que había quedado empotrado detrás del taxi. Los dos hombres se enzarzaron en acalorada discusión, olvidando por el momento al verdadero causante del estropicio.

Mientras tanto, la mujer que estaba en la acera subió al auto de Daniel y cerró la portezuela.

—Adelante, Dan.

Dan estaba viendo con el rabillo del ojo a un agente de tráfico que cruzaba apresuradamente la calle, así que no se hizo repetir la invitación.

Maquinalmente bajó la bandera y puso, el auto en marcha, pero hasta una cuadra más adelante no preguntó:

—¿Dónde vamos?

—Portola Drive, mil doscientos dos.

Daniel levantó los ojos hasta el espejillo retrovisor, viendo reflejado en él un hermoso y familiar rostro de mujer.

—¡Mary Lewis! —exclamó.

Iba a volver la cabeza, pero la voz de la muchacha le detuvo.

—Mira adelante, Dan. Después de lo que te he visto hacer, no me fío demasiado de ti como conductor de taxi.

Dan guardó silencio. Su sorpresa había sido completa, y todavía no se hallaba repuesto de ella.

—¿De veras quieres que te lleve a casa? —preguntó.

—¡Claro! ¿Para qué crees que he tomado un taxi, entonces?

—No era este taxi el que te proponías tomar.

—Es cierto. Pero tú te adelantaste. Fue una maniobra muy audaz.

Dé nuevo Daniel guardó silencio. Luego preguntó.

—¿Cómo está el viejo Lewis?

—Bien.

—Y tú también estás bien por lo que veo —dijo Dan entre dientes. Y de nuevo levantó los ojos hasta el espejillo retrovisor.

La imagen reflejada en el espejo era la de una joven de veinticinco años, de tez muy blanca, cabellos dorados y ojos azules. Era una muchacha con una gran personalidad. A pesar de que se habían tratado poco en los últimos años, se conocían desde niños. Dan la apreciaba, aunque probablemente no tuvo muchas ocasiones de demostrárselo.

—¿No me preguntas por mi hermano? —dijo Daniel.

—¡Oh, sí! —exclamó la joven desdeñosamente—. ¿Cómo se encuentra el viejo empollón? Alguien me dijo que se estaba labrando una brillante carrera como abogado allá en Nueva York. Es curioso que un muchacho como él haya tenido que marcharse al extremo opuesto del país para abrirse paso. ¿Cuál es la razón?

—Tú sabes cuál es la razón —repuso Daniel con sequedad—. Los Haley son demasiado conocidos en San Francisco..., y también los Lewis. Hagamos lo que hagamos, la gente no olvidará que —nuestros padres eran de los que manejaban la ametralladora «Thompson» en las calles de Chicago en los heroicos tiempos de la Ley Seca. Cierta clase de personas de las que se titulan a sí mismas «honorables», jamás confiarían sus asuntos a un abogado, hijo de un *gángster*.

—Es cierto —suspiró Mary Lewis. Y a través del espejillo, Dan la vio hacer una mueca y reclinarse contra el respaldo.

—Peter llega esta tarde —dijo Dan después de un largo silencio. Esperó la reacción de la muchacha, pero ella no dijo nada y Dan prosiguió—: Me dirigía a la estación para esperarle cuando te encontré. Si no llevas demasiada prisa, podemos desviarnos un poco hasta la Terminal. Peter se alegraría mucho de verte.

—¡Yo no! —contestó la muchacha con sequedad.

—¿Todavía le guardas rencor?

—No le guardo rencor. Simplemente descubrí a tiempo que iba a cometer un error. De ninguna manera quiero tropezar dos veces en la misma piedra.

—Está bien, te llevaré a tu casa.

—Arrima al bordillo y déjame aquí. Tomaré otro taxi para llegar a casa.

—¡Oh, de ningún modo! —protestó Daniel—. Eres mi pasajera. Te disputé a un competidor y te gané. Te llevaré a casa. Y, desde luego, té cobraré la carrera. No están los tiempos para dar paseos gratis a los amigos. La cosa sería distinta si te hubiera encontrado cuando iba conduciendo mi «Ferrari». Éste es un coche de alquiler, y el contador señala inexorablemente la cuenta que debo entregar al administrador al llevar el auto al garaje.

—No te preocupes, no era mi intención viajar gratis. Puedes cobrarme lo que marque el taxímetro, y todavía te daré una propina. Después de todo, no hay razón para que sea de otro modo. No somos amigos.

La seca respuesta de la muchacha dejó dolido a Daniel.

—No hablaba en serio.

—Yo sí.

El coche tomaba la pendiente, de Roosevelt Avenue. Después de otro silencio prolongado, Dan dijo haciendo una mueca:

—¿Por qué continuamos esta absurda competencia? Hay demasiados taxis en la ciudad. Igual que nosotros, vosotros tenéis que hacer frente a los plazos de los autos últimamente adquiridos. Los conductores escuchan la radio o leen novelas en sus coches, mientras esperan a que llegue alguien en busca de un taxi. Los automóviles, aun parados, se devalúan cada día un poco, y hay que contar por lo tanto el importante capítulo de su amortización. A

este paso, todos vamos derechos a la quiebra. Cuando estemos arruinados, Lyman Bros de Los Ángeles, Hohler de Phoenix o «Yellow Cab» de Nueva York, vendrán a ofrecernos cuatro cuartos por lo que quede de nuestras respectivas compañías, y los nombres de Lewis y de Haley serán borrados para siempre de las portezuelas de los taxis que en el futuro circulen por esta ciudad. ¿Por qué todo eso? ¿No existe ninguna fórmula de arreglo para que todo vuelva a ser como antes?

—Vosotros buscasteis la separación. Buscad una fórmula, si es que realmente existe, y presentadla de una manera razonable.

—¿No crees que sería un paso importante hacia la reconciliación, despedir a vuestro administrador? Boyer es en gran parte culpable de nuestras desavenencias, al menos eso tendrás que reconocerlo.

—Boyer ha servido con lealtad y eficiencia a los intereses de mi padre. No sería justo recompensarle con el despido y no creo que papá consienta en ello.

—Tu padre le ha tomado mucho afecto a ese individuo, ¿no es cierto? Sin embargo, tengo para mí que Boyer es un hipócrita ambicioso y falto de escrúpulos.

Si este mismo caso se produjera a la inversa, y los Lewis fuerais un obstáculo en una negociación ventajosa entre Boyer y cualquier objetivo que él se propusiera alcanzar, simplemente os apartaría de su camino sin importarle nada de todo lo demás.

—Evidentemente, Boyer no te simpatiza.

—Si Boyer no estuviera de por medio, estoy seguro de que los viejos acabarían por llegar a un acuerdo.

—Si estuviera en nuestro ánimo llegar a un arreglo, Boyer no podría oponerse nunca. Todavía es mi padre el dueño. Y Boyer, como administrador, sabe mejor que ninguno cómo marchan nuestros negocios desde que Haley y Lewis se separaron.

—¿Entonces... intentamos arreglar una entrevista entre nuestros viejos?

Por espacio de un minuto reinó el silencio en el compartimiento de atrás del automóvil. A través del espejillo, Dan espiaba la expresión de Mary Lewis.

—Se lo insinuaré a papá —dijo la muchacha—. Aunque sería mejor que tu padre le llamara personalmente, insistiendo en tener

una entrevista.

—Lo intentaré. Pero tened presente que si tu padre contesta con altanería, mi viejo no insistirá dos veces en la demanda.

—No tendrá que hacerlo —prometió Mary.

Poco después Daniel detenía el auto ante el 1202 de Portola Drive. La pasajera se apeó y luego se acercó a la ventanilla del conductor.

—¿Cuánto es? —preguntó abriendo su monedero.

—Por favor, Mary —protestó Dan—. Tanto si nuestras compañías llegan a fusionarse de nuevo, como si fracasamos en el intento, la oportunidad de haber aclarado esta situación se ha producido gracias a este encuentro. Por unos centavos de diferencia, ni seremos más ricos ni nos arruinaremos más pronto.

Mary cerró de nuevo el monedero. Éste era un ejemplo de aquel sentido común que Dan tanto admiraba en ella.

—Dime una cosa. ¿Por qué te encuentro guiando un taxi? —preguntó la muchacha.

—Tú también eres de los que pensaban que Daniel Haley nunca sería capaz de trabajar, ¿eh? —repuso Dan resentidamente.

—¿Qué se hicieron de tus «*rallies*» automovilísticos, tus partidos de polo, tus regatas de balandros y tus reuniones con la juventud selecta y desocupada de la ciudad? ¿No te preocupa lo que puedan pensar tus amigos de la buena sociedad, si te ven pasar conduciendo un taxi?

—Descubrí una cosa, y es que ellos no son mis amigos. Me soportaron mientras pude mantenerme a su altura, compitiendo con ellos en guiar el coche más potente, o la canoa más rápida, o montar el mejor caballo de polo, pero desde que el negocio comenzó a marchar mal y el viejo Haley apretó los cordones de su bolsa, mis amigos comenzaron a distanciarse. Eso me hirió mucho al principio. Luego comprendí que había estado pugnando en vano todo este tiempo por ganarme su amistad y su aprecio. No soy más que el hijo de Un *gángster*, y si he sido capaz de olvidarlo alguna vez, ellos en cambio no lo olvidaron nunca.

—¿Amargado?

—No. Uno no puede escoger a sus padres, pero aunque los que le corresponden no sean como uno quisiera, uno no deja de amarles por eso. Rompí de una vez con mis amigos en una ocasión en que

insultaron a mi padre, compadeciéndome por ser hijo suyo. Ahora conduzco este volante y me siento feliz al hacerlo. Sé que mientras yo estoy tras este volante, mi padre se ahorra el sueldo de un conductor y me satisface tener conciencia de que hago algo por ganar el pan que me como.

Mary Lewis le miró de una forma particularmente extraña.

—Bueno, confieso que me admira verte tomar una resolución de esta clase —murmuró. Sus lindos ojos se clavaron en el rostro de Dan. Luego tendió su mano por la ventanilla del coche—. Celebraría que todo llegara a arreglarse entre tu padre y el mío. Voy a hablar con el viejo tan pronto llegue a casa.

Dan todavía permaneció un rato mirándola mientras ella se alejaba cruzando la mohosa verja hacia la vieja casona de ladrillo rojo que se divisaba al fondo entre los desnudos árboles del jardín. Siempre le gustó aquella muchacha, aunque nunca se lo confesó mientras Mary fue novia de Peter. En cambio, Peter no la apreciaba demasiado, por lo que se deducía de la forma rápida y definitiva en que había roto su compromiso con ella.

Pensando en ello, Dan emprendió el regreso hacia la parte baja de la ciudad.

El viejo Haley habría enviado alguno de sus taxis en busca de su hijo a la estación. Dan sabía que su padre deseaba hablar con Peter a solas en su oficina, antes de llevarle a casa. Si se daba prisa, todavía encontraría al viejo y a Peter en la oficina.

El nuevo garaje de la «Compañía Haley» estaba emplazado al sur del acceso al puente de la bahía, en los límites de la zona industrial de la ciudad y cerca de los muelles. Dan llevó el auto hasta el final de la larga fila de coches dispuestos en batería. Un empleado de la administración se acercó para tomar la nota del taxímetro. Dan le preguntó si el patrón estaba todavía en las oficinas.

—Sí. Peter, su hermano de usted, está con él.

Dan se dirigió al vestuario y luego subió hasta las oficinas.

## CAPÍTULO II

Al entrar Dan en la oficina, Peter se puso en pie y fue a abrazarle.

No había cambiado Peter. Sus trajes seguían conservando el mismo sello de impecable elegancia, y de su alta y desgarrada figura se desprendía como siempre aquel peculiar aire de descuidada e innata distinción.

Apenas había una sombra de remota semejanza entre los dos hermanos. Dan, aunque alto también, tenía la cabeza, los hombros y las piernas más proporcionados a su estatura. Tenía los ojos castaños, la nariz aguileña y firme y cuadrado el mentón.

Peter tenía una cabeza grande, los hombros estrechos y las piernas desmesuradamente largas y delgadas. Usaba gafas de gruesos cristales, y su nariz era casi grotesca. Sin embargo, en conjunto, era un tipo que caía bien a primera vista. En su frente abombada, en el dibujo de su boca y la viveza de sus ojos oscuros, se advertía al hombre inteligente, de ideas ágiles y decisiones prontas y bien calculadas.

Peter, en efecto, era un hombre de temperamento tranquilo, demasiado frío para perder la calma por cualquier cosa.

—Iba a esperarte a la estación —dijo Dan—. Pero encontré una pasajera y cambié de ruta. Tú te preguntarás si era más importante realizar ese servicio que acudir a recibir a mi hermano, pero tal como está el negocio no podemos permitirnos desdeñar a un cliente, para que llegue detrás un taxi de Lewis y cargue con él.

—Supongo que habrá alguna razón para haberme traído directamente aquí, en vez de ir a casa —dijo Peter—. ¿Qué ocurre con el negocio? ¿Realmente andan tan mal las cosas?

Dan y el viejo Haley cambiaron una mirada. Haley hizo una mueca. Era un hombre fornido, de cabellos blancos, ligeramente

encorvado de espaldas, bajo el peso de sus muchos años.

—Sí, Peter. Ésa es la realidad —dijo el anciano apesadumbrado, y dejó escapar un suspiro—. Tu madre sólo tiene una idea muy vaga de lo que ocurre. De modo que te hice venir aquí para que pudiéramos hablar con toda libertad. La quiebra de nuestro negocia es inminente si las cosas siguen como van.

—¿Por qué? ¿La gente ya no toma taxis en San Francisco?

—La misma gente utiliza el mismo número de taxis que antes, lo que ocurre es que para un número igual de usuarios tenemos casi el doble de autos que necesitamos.

—¿Por qué comprasteis más automóviles, si eran suficientes los que teníais antes?

—Porque Lewis los compró también. Realizó la operación en secreto y de pronto, un día, la ciudad se vio invadida de sus nuevos y flamantes taxis. Como los taxis que se veían de los nuestros eran pocos y de modelo más antiguo, la ciudad llegó a pensar que Lewis nos había desbordado y prácticamente habíamos dejado de existir. Para hacer frente a la competencia tuvimos que adquirir nuevos coches en número semejante a los que tenía Lewis. Al público le interesa poco nuestra rivalidad. Cuando un usuario necesita un taxi, toma simplemente el que primero encuentra, de modo que no puede decirse que la clientela favorezca más a Lewis que a nosotros. Sin embargo nos vimos obligados a aumentar también nuestra flota, pues habiendo el doble de coches de Lewis, el público habría podido permitirse desdeñar nuestros autos y acabar por preferir los de Lewis, en vista de que éstos abundaban tanto que no era necesario esperar para encontrar uno.

—Me parece bien que renovaras tu flota, si Lewis hizo lo mismo. En cambio, estuviste desacertado aumentando el número de coches, a sabiendas que sólo emplearías la mitad.

—Pero si yo no lo hubiera hecho, entonces Lewis habría tenido ocupado un mayor número de taxis y nosotros un número más pequeño, al repartirse los usuarios entre el total global de taxis —que circulan por la ciudad. Es posible que de todos modos adoptara una decisión demasiado precipitada —admitió Haley y suspiró—. No debiste haberte marchado cuando más te necesitaba.

Con este reproche, Haley admitía lo que Dan siempre había dado por cierto. De sus dos hijos, Peter era el favorito del viejo Haley.

Hasta aquí, Daniel jamás había sentido celos de su hermano, pues siempre había creído que, siendo el favorito, Peter llevaba la parte peor. En efecto, el prestigio de hombre formal de que gozaba, no permitía a Peter las mismas deliciosas travesuras que, contrariamente, todo el mundo encontraba normales y propias de Daniel.

El interfono zumbó sobre la mesa de acero de Haley. Éste pulsó una tecla del aparato, escuchándose a continuación la voz de la secretaria a través de la línea:

—¿Míster Haley? Un hombre que dice llamarse Lapman... —La voz de la señorita Frye se quebró en una exclamación de enojo—. ¡Eh, oigan, no pueden ustedes entrar así...!

La puerta del despacho se abrió bruscamente, apareciendo en ella un tipo rechoncho como de 45 años, que vestía sombrero y abrigo negro, al cual seguían dos tipos corpulentos con gabardinas azules.

El más bajo y gordo de los tres individuos sonrió mientras retiraba de sus labios un largo cigarro.

—Hola, señor Haley. Me he tomado la libertad de entrar, pensando que no le importaría tratándose de viejos amigos.

La señorita Frye asomó por detrás de los visitantes, excusándose:

—Lo siento, señor Haley. Les dije que tendrían que esperar...

Uno de los dos fornidos individuos empujó a la mujer hacia atrás, cerró la puerta del despacho y apoyó contra ella sus anchas espaldas.

Míster Haley se puso en pie tras su mesa de acero.

—¿Qué significa esto, Lapman? ¿Cómo se atreve...?

—Calma, viejo —dijo Lapman sacudiendo la ceniza de su cigarro con su enojado dedo meñique—. No hay por qué tomarlo así. La chica dijo que se encontraba usted reunido con sus hijos, de modo que podemos hablar en confianza como en familia...

—¿Quién es este tipo? —preguntó Daniel volviéndose hacia su padre.

Los ojos interrogativos de Peter estaban también clavados en el apurado Haley. Lapman dijo frunciendo el ceño, dirigiéndose a Dan:

—Jovencito, no me gusta tu forma de expresión. No soy un «tipo», sino Loren Lapman. Recuérdalo para lo sucesivo, si no quieres que te lo grabe en la memoria de otra forma. Y ahora,

puesto que están hechas las presentaciones, vamos a hablar de negocios, si a usted le parece bien, señor Haley...

—Váyase de aquí —dijo Haley con rabia—. No hay ningún negocio en común que tengamos que tratar.

—¡Hola! ¿Qué significa eso? —exclamó Lapman—. Recuerdo que fui a visitarle a su casa hace dos semanas. Usted me prometió estudiar el asunto y darme una respuesta. Todavía estoy esperando...

—¡Pues van ustedes a esperar mucho tiempo! —estalló Haley furioso—. ¿Se figura acaso que esto es la Institución Rockefeller? No tengo dinero para pagar a gandules, así que lárguense.

La redonda faz de Lapman adquirió un tono terroso.

—¿Quiere decir con eso que se niega a negociar con nosotros?

—¡Completamente!

—Usted tiene un negocio, señor Haley. Usted no querrá ver sus autos incendiados, a sus conductores lastimados, y al público rehuyendo tomar los taxis de la Compañía Haley por considerarlos poco seguros. Usted mismo no está exento de sufrir algún desgraciado accidente, o pueden sufrirlo su mujer o alguno de sus hijos.

—¡Rata miserable! —rugió Haley echando lumbre por los ojos—. Yo tenía el dedo encallecido de tanto apretar el gatillo de mi ametralladora, cuando tú y esos pasmarotes que tienes a tu espalda todavía andabais en pañales. Creo que te has equivocado de persona, Lapman. Así que, ¡largo, sal de aquí!

El extendido brazo de Haley apuntaba a la puerta, pero ni Lapman, ni sus siniestros guardaespaldas dieron muestras de estar impresionados. Lapman entornó sus menudos ojillos, acercó el cigarro a sus labios y aspiró una bocanada de humo.

—De todos modos, señor Haley, le concederé otras veinticuatro horas para pensarlo mejor. Tal vez luego...

Daniel dio un paso en dirección a Lapman.

—¿No ha oído usted, Lapman? Mi padre le ha dicho que se vaya, así que no se entretenga más.

—Oiga usted, mocito... —empezó a decir Lapman.

Daniel puso su mano sobre el hombro del individuo y se lo oprimió con sus nervudos dedos. La presión dolorosa de aquellos dedos se tradujo en una mueca en el rostro de Lapman.

—Óigame usted, amigo. Salga y llévese a sus perros pordioseros, y no se hable más —dijo Dan.

Lapman reaccionó coléricamente apartando la mano de Daniel de un golpe. Soltó el cigarro y lanzó su puño contra la nariz del joven, pero Dan se apartó ágilmente y contestó con un directo que dio de lleno entre los ojos de Lapman y lo lanzó como un proyectil contra los dos grandullones que estaban a sus espaldas.

Los guardaespaldas de Lapman no estaban preparados para recibir a su jefe. Éste chocó contra ellos y cayó sentado en el suelo.

Los esbirros de Lapman sacaron las manos de los bolsillos y se arrojaron sobre Daniel con los puños cerrados. El más corpulento de los dos, cuya nariz rota y abultado entrecejo le denunciaba como profesional del *ring*, atacó dirigiendo su grueso puño contra la cara de Dan. Éste esquivó apartando la cabeza, al mismo tiempo que hundía su puño en el estómago del pugilista. Cuando el hombre se inclinó, Dan le golpeó de abajo arriba en la barbilla.

El segundo individuo iba a atacar también a Daniel, cuando el señor Haley tomó la lámpara de su escritorio y la lanzó con fuerza por el aire contra la cabeza de aquél.

La lámpara, con su pesado pie de bronce, dio de lleno al hombre en la cara y le abrió un sangrante corte en el caballete de la nariz. Mientras tanto, Daniel obligaba a su contrincante a retroceder hasta la pared, y de un fulminante directo, lo derribaba en el diván.

La puerta del despacho se abrió en este instante, y Abel Moss y George Catlow «Yumbo» se precipitaron dentro. Catlow, que había sido pugilista también en sus buenos tiempos, se arrojó sobre el hombre herido por la lámpara y le derribó después de varios golpes. Moss, que traía una llave inglesa en la mano, amenazó con ella al vencido antagonista de Daniel.

Mientras, Lapman se incorporaba recogiendo su sombrero, y lanzando una aviesa mirada sobre Haley, decía:

—Está bien, señor Haley. Se acordará usted de esto —y llamó a sus hombres—: Dochey... Svenson, vámonos.

Los tres hombres abandonaron la oficina, pasando ante la asustada señorita Frye, que era la que había llamado a Moss y Catlow utilizando la línea del interfono que comunicaba con el garaje de la planta baja.

Peter, que se había abstenido de tomar parte en la breve aunque

violenta lucha, levantó la lámpara del suelo y la puso de nuevo sobre la mesa.

—¿Necesita algo más, patrón? —preguntó Catlow «Yumbo», llamado así por sus compañeros por su semejanza a un pequeño y torpe elefante de ciertas historietas infantiles.

—Nada más, George. Gracias —dijo Haley. Y se dejó caer en su sillón.

La señorita Frye cerró la puerta detrás de los dos hombres.

—En realidad, ¿qué querían esos hombres? —preguntó Peter, de pie junto a la mesa de acero.

—No tiene importancia —dijo Haley evasivamente.

—¿Están tratando de sacarte dinero bajo amenaza?

—Yo sé manejar a esa clase de tipos, no te preocupes.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Intentan extorsionarte, sí o no? —insistió Peter.

—Sí.

—¿Denunciaste el caso a la policía?

—No.

—¿A qué esperas para hacerlo?

—No es lo más prudente en estos casos, Peter. Yo lo sé...

Peter se volvió hacia su hermano.

—¿Tú lo sabías, Dan?

Daniel meneó la cabeza.

—Me he enterado al mismo tiempo que tú.

Peter se volvió de nuevo hacia su padre.

—Hazme caso. Coge el teléfono y avisa a la policía.

—¡Maldita sea, Peter, no te metas en lo que no te importa! —rugió Haley irritado—. No quieras saberlo todo, sólo porque has estudiado leyes. La ley no ha podido acabar nunca con esa clase de individuos, y siempre los habrá.

—La razón de que los haya, es que queda todavía demasiada gente como tú; hombres asustadizos que prefieren entregar su dinero a denunciar un hecho de esa clase a la policía.

—¡Estúpido! ¿Quieres que les denuncie y que mañana mismo tú o tu hermano, o tu madre o yo suframos un accidente? Di qué protección ofrece la ley contra una bala que llegará nadie sabe de dónde, o contra un incendio que repentinamente destruye la casa de uno o contra una pandilla de granujas que cualquier noche, en

cualquier lejano extremo de la ciudad, pueden colocar una bomba en uno de nuestros taxis, y hacerlo volar con las personas que vayan dentro. Sé lo que vas a decirme. Las leyes dicen que todo ciudadano está obligado a denunciar estos casos a la policía. Sin embargo, hecha la denuncia, los extorsionistas quedan sin castigo la mayoría de veces, simplemente porque la ley no ha encontrado pruebas suficientes para condenarles. Los extorsionistas quedan entonces en libertad, y el denunciante recibe su premio, que puede ser un tiro en la nuca o una paliza que le deje baldado para toda la vida. No me digas lo que debo hacer. He tratado antes con gente de esa clase y conozco su sistema.

—¿Entonces les darás el dinero que piden?

—Yo lo arreglaré a mi manera —dijo Haley con energía, y modificó el tono de su voz para añadir—: Inútil será advertiros que vuestra madre no debe saber nada de esto.

Haley se puso en pie y dijo:

—Y ahora vámonos a casa. Peter, tu madre nos estará esperando.

Los Haley abandonaron la oficina, bajando por la escalera de servicio al garaje, donde George Catlow estaba limpiando los cristales del coche de míster Haley con una gamuza. Catlow, así como Abel Moss, eran antiguos ex presidiarios que vinieron a entrar al servicio de Haley, como algunos otros conductores, en virtud de ciertas recomendaciones hechas por antiguos amigos de Haley y de Lewis.

Daniel tomó el volante y guió el auto durante todo el trayecto hasta su casa, mientras en el asiento de atrás hablaban Peter y su padre.

La casa de los Haley, en los alrededores de Buena Vista Park, era un antiguo edificio de ladrillo rodeado de un pequeño prado. La señora Haley salió a la puerta de la casa al ver llegar el automóvil y aunque la noche era fría y húmeda, permaneció allí esperando hasta que Peter se reunió con ella y entraron en la casa.

Daniel todavía se entretuvo un rato llevando el auto al pequeño garaje. Luego pasó a la casa, donde encontró a su madre y a Peter, con las manos juntas, sentados en el diván del «*living*», en tanto que el viejo Haley preparaba unos martinis.

—Bueno, no me has preguntado por qué no acudí a la estación a

recibir a Peter, como convinimos —dijo Dan a Haley, tomando su copa.

Haley lo miró intrigado y Daniel continuó:

—La pasajera que tomé era Mary Lewis. La llevé hasta su casa y hablamos por el camino. Es evidente que pese a las grandes dotes administrativas de Boyer, la Compañía Lewis atraviesa por las mismas dificultades que nosotros. Ambos, Mary y yo, convinimos en que las cosas andaban mal desde que

Haley & Lewis

se separaron, igualmente estuvimos de acuerdo en que sólo una fusión nos salvaría a ambas compañías de, la quiebra.

Daniel se interrumpió para ver el efecto que sus palabras causaban en el autor de sus días. Peter y la señora Haley habían callado y escuchaban también.

Ceremoniosamente, Dan tomó una de las copas que Haley tenía en la mano y fue a ofrecérsela a su madre.

—¿Es cierto eso, Dan? ¿Has estado hablando con Mary recientemente? —inquirió la señora Haley interesada.

—Esta tarde —repuso Dan, y miró a su padre—. Mary sugirió la conveniencia de que llamaras a su padre proponiéndole una entrevista.

Haley respondió abruptamente:

—Esa vieja mula de Lewis puede esperar sentado a que le llame. Si algo quiere, tendrá que ser él quien me llame a mí.

—Si se me permite una sugerencia, pienso que uno de los dos tendrá que ser el primero en ceder —dijo Dan con acento conciliador—. No importa quién de el primer paso. Lo importante es que nos unamos de nuevo, dando por sentado que unos y otros estamos de acuerdo en que es preciso y conveniente refundir nuestras compañías. Mary le habrá hablado a su padre, de modo que lo más seguro es que Lewis esté esperando tu llamada.

Míster Haley permaneció durante un largo rato silencioso, inmóvil con la acampanada copa en la mano. Su esposa y sus dos hijos le contemplaban, casi sin atreverse a respirar. La conveniencia de refundir las dos compañías, era tan patente que no admitía discusión. Todos esperaban y deseaban esta reconciliación, pero todavía el orgullo de los dos antiguos socios se interponía entre ellos.

—Supongo que la primera palabra es la que más cuesta pronunciar —dijo Dan—. ¿Quieres que sea yo quien marque el número y pregunte por Lewis?

Haley: no contestó. Dan se encaminó hacia el teléfono, pero su padre le detuvo:

—Está bien, déjalo. Ya lo haré yo.

—¿Ahora?

Haley vaciló.

—Bueno, le llamaré después de comer.

Dan intercambió una mirada de inteligencia con su madre. La señora Haley movió imperceptiblemente la cabeza. La criada negra de los Haley anunció en estos momentos estar dispuesta la comida. Peter ofreció galantemente el brazo a su madre y todos pasaron al comedor.

Durante la comida, mientras Peter relataba algunos de los casos que le habían acreditado en Nueva York como abogado, mister Haley permanecía silencioso. En realidad simulaba escuchar, pero Dan que le observaba no dejó de advertir su nerviosismo e inquietud.

Para este hombre, tremendamente orgulloso, el paso que iba a dar significaba una gran humillación.

Bruscamente, Haley se levantó, y dijo:

—Voy a telefonar a Lewis.

Dan no intentó seguirle. Le hubiera gustado escuchar aquella conversación por otro teléfono, pero se abstuvo de hacerlo.

—Quiera Dios que Robert conteste con tono siquiera sea moderado —dijo la señora Haley interpretando el pensamiento de Dan.

De nuevo guardaron silencio. Haley había cerrado la puerta del *living*, de tal modo, que nada podían escuchar de lo que se hablaba en la habitación contigua. Al cabo de cinco minutos se abrió la puerta y el viejo Haley entró con cara de satisfacción. Había pasado por un mal rato, pero ahora se sentía contento.

—¿Todo bien? —preguntó la señora Haley.

—Robert espera que vaya a entrevistarme con él. Dijo que también él era de la opinión de poner fin a nuestras diferencias lo antes posible.

—¡Oh, querido, eso es magnífico! —exclamó la señora Haley.

Con mayor motivo, puesto que conocía mejor el estado financiero de la Compañía, Daniel se alegró de saber que Lewis se mostraba propicio al diálogo amistoso.

—Era de esperar que Lewis estuviera deseando como nosotros poner fin a esta ruinosa competencia —dijo Daniel—. ¿Cuándo será la entrevista?

—Esta noche, dentro de una hora.

Dan consultó el reloj de pulsera. Eran las ocho.

—Voy a cambiarme de ropa y te acompañaré.

Haley meneó la cabeza.

—Voy a ir solo. Robert estará solo también, según me dijo. Hasta que lleguemos a un acuerdo, no quiere que su administrador se entere de estas negociaciones, si es que puede evitarlo.

Esta razón era bastante convincente, al menos para Daniel. El hecho de que Robert Lewis estuviera dispuesto a «Aprender negociaciones con su antiguo socio a espaldas de Boyer», era casi una garantía de que tales negociaciones llegarían a un feliz término. Los consejos de Boyer habían creado un espíritu de discordia entre Lewis y Haley. Este ambicioso personaje no vería con agrado un arreglo entre los viejos socios, de modo que Lewis probablemente obraba certeramente tratando de evitar que su administrador se enterara de lo que ocurría.

—Iré a sacar el automóvil del garaje —dijo Dan—. Luego, si Peter está de acuerdo, saldremos a celebrar su regreso dando una vuelta por la ciudad.

Peter accedió a la idea de su hermano. Cuando ambos estaban listos para salir, Haley se preparaba para marchar a entrevistarse con su socio.

—Modera el genio, viejo —dijo Dan cuando su padre se disponía a partir—. Piensa que nos conviene llegar a un acuerdo con Lewis.

Haley asintió y luego puso en marcha su auto. Dan y Peter se dirigieron a tomar el «Ferrari» que el primero de ellos había sacado a la calle poco antes. Mientras bajaban hacia la ciudad, Dan preguntó a su hermano si tenía preferencia por algún lugar determinado.

—El lugar no importa —contestó Peter—. Tomaremos una copa en cualquier parte y regresaremos a casa. Me siento cansado.

Dan hizo una mueca de desagrado. Después de varias semanas

sin salir de noche, le hubiera gustado correr una pequeña juerga de las de antaño. Pero decididamente, Peter no era la persona más apropiada para pasar una noche divertida.

En el club donde Dan llevó a su hermano, aquél encontró un par de antiguas amigas ya entonadas para emprender la juerga, pero la altiva frialdad de Peter las ahuyentó después de tomar la primera copa en el mostrador.

—Me gustaría poder comprender cuál es tu concepto de la vida —dijo Dan malhumorado.

—Por descontado, es completamente diferente al tuyo —contestó Peter.

—Has quemado tus ojos y los mejores años de tu vida devorando tomos sobre leyes. Ya eres un abogado. Te has situado, ganas dinero y todavía te quedan unos años para dedicarlos a ti mismo. ¿Qué hay de malo en divertirse un poco?

—Cada uno se divierte a su manera. Para ti, la diversión consiste en salir con un par de chicas, hacer unas cuantas tonterías y regresar a casa a las tantas de la madrugada. Para mí, el mejor momento es aquél en que estudio los detalles de un caso nuevo, o cuándo gano un pleito, o cuando alguien me dice que le ha gustado mi defensa ante un jurado.

Daniel reflexionó en silencio. Finalmente, apurando su copa, dijo con aire resignado:

—Está bien, regresemos a casa.

En el automóvil, Peter iba dando cabezadas luchando contra el sueño. Había un auto parado ante la casa de los Haley.

—Papá debe haber regresado —dijo Dan en voz alta. Pero al parar el auto, vio que el automóvil que estaba ante la casa no era el de su padre.

Había luz en la casa y la puerta se abría en aquel instante sobre el oscuro jardín. Dos hombres venían rápidamente por el sendero de hormigón. Dan echó una mirada dentro del auto desconocido. Vio que el auto estaba equipado con radioteléfono y temió lo peor. Era un auto de la policía.

Los dos hombres llegaron hasta la acera.

—Soy Daniel Haley y éste es mi hermano Peter —dijo Dan—. ¿Qué ocurre?

—¿Son ustedes hijos de Peter Haley? —interrogó uno de los

detectives—. Me habría gustado encontrarles en casa. Tuve que dar la noticia a la señora Haley y, naturalmente, le afectó mucho.

—¡Por Dios, digan qué ha ocurrido! —exclamó Dan—. ¿Un accidente? ¿Algo grave?

—El señor Haley; ha sido detenido.

—¡Detenido! —exclamó Peter—. ¿Por qué?

—El teniente Covert le arrestó como sospechoso. Robert Lewis ha sido asesinado esta noche.

## CAPÍTULO III

En la estación de policía, el malhumorado sargento movió negativamente la cabeza.

—Lo siento, el detenido no puede recibir visitas por el momento, ni siquiera tratándose de sus familiares.

—Soy abogado —dijo Peter Haley con energía—. Voy a representar a mi padre en este caso, por lo tanto, tengo derecho a verle.

—Eso es diferente —dijo el sargento—. Venga usted. Pero su hermano tendrá que quedarse fuera de todos modos.

—Dan, espera aquí mientras hablo con papá —dijo Peter.

Daniel asintió resignadamente. El vestíbulo de la estación de policía era frío y húmedo, no exactamente sombrío, aunque sí desprovisto de todo detalle ornamental, lo que le hacía parecer poco hospitalario.

Dan sacó un paquete de cigarrillos, pero el sargento que estaba tras el mostrador de recepción, con una estufa eléctrica entre los pies, le hizo una señal negativa con un lapicero.

—Esperaré fuera —dijo Dan.

Empezaba a llover cuando Daniel salió a la calle y fue a refugiarse en el automóvil. En el reloj del tablero de instrumentos era la medianoche. La forma rápida e inesperada en que la desgracia podía abatirse sobre una familia y trastornar en sólo unas horas el destino de las personas, se prestaba a profundas meditaciones. Sin embargo, Dan sólo dedicó a estos pensamientos un minuto.

No podía creer que su padre hubiese matado a Lewis, y estaba seguro de que todo habría de aclararse al fin de forma que explicara aquel error. Era sencillamente irritante que la policía hubiese

detenido al viejo por un crimen que sin la menor duda no había cometido...

Daniel aplastó el cigarrillo en el cenicero y miró de nuevo al reloj. ¿Por qué tardaba tanto Peter?

La lluvia tamborileaba en el techo metálico de la carrocería y se escurría en regueros por el cristal. La cabina empezaba a enfriarse. Los pies de Daniel iban entumeciéndose por el frío.

Puso el motor en marcha, y cuando consideró que éste empezaba a estar caliente, abrió el conducto de la calefacción. El vaho empañaba los cristales. Dan encendió otro cigarrillo, pero hasta cuatro cigarrillo más y casi media hora más tarde no apareció Peter.

Dan le abrió la portezuela y Peter plegó sus largas piernas para incrustarse en el asiento.

—¿Y bien? —preguntó Dan impaciente.

Peter encendió un cigarrillo, aspiró el aromático humo y preguntó:

—¿Tú crees que papá pudo haber matado a Robert Lewis?

—¡No! —contestó Dan rotundamente. Y a continuación preguntó —: ¿Es que acaso padre confiesa haberlo matado?

—La versión que papá da de los hechos es ésta: Asegura que llegó a la casa alrededor de las nueve, tal como había convenido con Robert Lewis. Había luz en la biblioteca, pero la ventana correspondiente al despacho de Lewis estaba a oscuras. Dejó el coche en la calle, atravesó el parque y llegó hasta la puerta. La puerta estaba solamente entornada y pasó al vestíbulo, Llamó al señor Robert, pero nadie contestó. Entró en la biblioteca y no viendo a nadie allí se dirigió al despacho de Lewis, cuya puerta halló cerrada. Abrió y asomó a la habitación, que estaba a oscuras. Ya se iba a retirar, dando por seguro que Lewis no se encontraba allí, cuando escuchó un gemido. Llamó de nuevo y entró. Sus pies se enredaron con algo que había en el suelo. Se inclinó y recogió la lámpara de repisa, que es la pareja de la que papá tiene en el despacho y lleva un pesado pie de bronce fundido. Todavía con la lámpara en la mano se dirigió al conmutador de la luz. Al encenderse la lámpara del techo, vio a Robert Lewis tendido sobre la alfombra. Corrió hacia él, se inclinó y le levantó la cabeza. Lewis abrió los ojos, le miró y movió los labios murmurando o intentando

decir algo que papá no logró entender. Luego cerró los ojos y probablemente en ese momento murió: Alguien le había golpeado brutalmente en el cráneo. La alfombra estaba empapada de sangre, y parte de esta sangre manchó las manos y la manga del abrigo de papá. La habitación estaba en desorden, como si hubiera habido una violenta lucha.

Peter se interrumpió aspirando el humo de su cigarrillo.

—¿Qué más? —preguntó Dan impaciente.

—Papá debió asustarse mucho. Pensó que, puesto que todo el mundo conocía su enemistad con Lewis, probablemente le costaría demostrar que no tuvo participación en lo ocurrido. Intentó borrar sus huellas digitales de la lámpara, el conmutador de la luz y el pomo de la puerta. Cuando había apagado de nuevo la luz del despacho y salía de éste, se encontró con Bob Lewis. El muchacho había estado estudiando en su habitación, pero sintió apetito y bajó a tomar un vaso de leche a la cocina. Vio la luz de la biblioteca y entró para ver qué estaba haciendo su padre. Al encontrarse con papá, el chico quedó sorprendido... Evidentemente, Lewis no había hablado a nadie de la entrevista que iba a tener con nuestro padre.

—Eso no puede ser cierto. Lewis debió hablar con alguien de esa entrevista, al menos con Mary.

—Mary salió temprano para comer con Boyer, que fue a buscarla alrededor de las siete. Probablemente, Lewis estaba solo en la casa cuando papá le llamó por teléfono y ambos acordaron encontrarse a las nueve.

—Bob Lewis estaba en la casa, ¿no es así?

—En efecto. Pero Bob sólo tiene quince años. Es demasiado niño para que su padre comentara con él lo que había hablado con nuestro padre. Lewis probablemente le mandó se acostara temprano.

—Bueno, de todos modos, nosotros sabemos que papá habló con Robert Lewis y concertó la entrevista con él...

—Temo que nuestro testimonio no vaya a servir de mucho.

—¿Y eso?

—Ninguno de nosotros escuchó lo que padre y su ex socio hablaron por teléfono. No sabemos si en realidad le llamó, o si Lewis rechazó el diálogo acerca de una posible refusión de las compañías que papá pensaba proponerle.

—Peter, no seas idiota. ¡Claro que papá habló con Lewis! Y la respuesta de Lewis debió ser satisfactoria. Eso lo notamos todos en la expresión de su cara cuando volvió al comedor.

—De todos modos, eso no servirá de mucho a papá. Es lógico que su mujer y sus hijos quieran ayudarlo. Las evidencias le condenan. Se había peleado con Lewis, ambos se combatían en reñida competencia. Padre fue a verle esta noche, cuando Lewis estaba solo. Tenía sangre en las manos y en las ropas, omitió llamar a la policía como era su deber e intentó salir subrepticamente de la casa, siendo sorprendido por el joven Lewis. Como hijo suyo me duele en el alma, pero como abogado debo reconocer que está metido en una maldita trampa.

—Yo diría que tu fe en papá es muy débil.

—¿Por, qué crees eso? —protestó Peter.

—Eres un abogado. Un abogado competente según le has estado cantando a nuestra madre esta tarde. Si se tratara de uno cualquiera de tus clientes, afirmarías que pese a todo, contabas con grandes probabilidades de salvarlo. Es tu padre. ¿Por qué desmayas ya, antes siquiera de saber lo que resultará de las investigaciones que está llevando a cabo la policía?

—¿Tú no creerás que deseo ver a mi padre sentado en la silla eléctrica, verdad? Te diré lo que pienso. Este asunto es para un buen abogado criminalista.

—De acuerdo, buscaremos otro abogado —dijo Dan irritado acelerando el motor y empujando la palanca del cambio de velocidades—. Supongo, que sería demasiado perjudicial para ti ver tu nombre mezclado en la defensa de un asesino que lleva tu mismo apellido. Eso podría tal vez inducir a tus clientes de Nueva York a pensar que este viejo *gángster* era tu padre. No sería muy agradable.

El coche arrancó bruscamente, empujando a Peter contra el almohadillado respaldo del asiento. Peter permaneció en acusador silencio hasta que, después de observar que el auto no llevaba el camino de Buenavista, preguntó:

—¿Dónde me llevas? Éste no es el camino de casa.

—Vamos a la casa de Robert Lewis —repuso Daniel secamente.

Con el potente motor rugiendo al máximo de revoluciones, el «Ferrari» se lanzó a escalar intrépidamente las cuestas y las curvas de Roosevelt Avenue. Considerando que seguía lloviendo y el

asfalto estaba mojado, era una verdadera locura recorrer aquel camino durante la noche a esta velocidad.

Peter apoyó sus manos en el tablero de instrumentos, mirando con recelo al asfalto mientras el cigarrillo se consumía sólo entre sus agarrotados dedos. Sin duda estaba asustado, pero no lo confesó. Simplemente se limitó a respirar aliviado cuando, arrastrando las llantas con un largo chirrido sobre el asfalto, el «Ferrari» se detuvo ante la mansión de Lewis.

Daniel inmovilizó el coche y saltó al mojado pavimento. Peter le siguió de mala gana por el encharcado camino hasta la casa que aparecía con todas sus ventanas iluminadas al fondo de la alameda.

Varios coches de la policía estaban estacionados ante la casa, así como una ambulancia y otros tres o cuatro automóviles particulares. Los hombres del equipo antropométrico salían cuando los Haley llegaban. Un agente uniformado detuvo a Daniel.

Dan explicó que eran amigos de la familia y estaban allí para ofrecer su ayuda a la señorita Lewis en tan luctuoso trance. El policía expresó sus dudas acerca de la oportunidad de su visita, y acabó diciendo:

—De todos modos, allí tienen al administrador. Hablen con él.

Dan y Peter cruzaron la puerta. En el vestíbulo hallaron a Boyer conversando con el teniente Covert. Por alguna desconocida razón, siempre que veía a John Boyer, le hacía a Daniel el efecto de encontrarse ante una serpiente de cascabel con apariencia de persona.

Boyer sin embargo, no parecía repulsivo. Era un hombre de unos cuarenta años o poco menos; alto, delgado, y de facciones pálidas, con una calva prematura que empezaba en la frente y avanzaba hacia atrás respetando las sienas. Boyer peinaba sus cabellos de forma que disimulaba mucho su calvicie, detalle este que daba a entender su preocupación por conservar una apariencia joven y agradable.

De toda la persona de Boyer, lo que menos le agradaba a Dan eran sus ojos. Boyer era un hombre de palabra fácil, pero mirándole a los ojos, uno nunca podía saber lo que estaba pensando en realidad.

El pálido rostro de Boyer expresó sorpresa al ver a los Haley.

—¿Ustedes? —exclamó, y por unos instantes pareció

desconcertado. Luego hizo las presentaciones, inútiles por otra parte, ya que todos se conocían—. Teniente Covert, de la Brigada Criminal... Los señores Peter y Daniel Haley...

Covert saludó con una seca inclinación de cabeza.

—Realmente —dijo Boyer— me sorprende verles por aquí. Después de lo ocurrido...

—¿Qué ha sucedido, Boyer? —interpeló Daniel.

—Ustedes no pueden ignorarlo. Su padre asesinó esta noche a Robert Lewis.

—¿Está usted seguro?

—Bueno, es lo que he oído decir. Míster Haley ha sido detenido.

—Tal vez el teniente pueda explicarnos la razón de esa detención.

—No creo que éste sea lugar ni momento para justificar mi decisión —contestó Covert con altanería—. Simplemente, las evidencias condenan a míster Haley. El mismo ha admitido que estuvo en la casa, que tocó el cuerpo de míster Lewis y fue descubierto por el joven Lewis cuando se disponía a huir. Hemos encontrado restos de huellas dactilares, que creemos pertenecen al acusado, en la lámpara de bronce que utilizó el homicida para golpear en la cabeza de la víctima. La pregunta es, ¿por qué si era inocente no llamó a la policía? ¿Por qué borró las huellas que había dejado en la lámpara y el picaporte de la puerta? Y por último, ¿por qué intentó huir?

—He hablado con mi padre hace apenas unos minutos —dijo Peter Haley—. Desde luego, admite haber hecho todo esto. La razón es sencilla. Se asustó, pues comprendió que todas las pruebas estaban en contra de su verdadera inocencia.

—Pues si su padre huyó por considerar que las evidenciar, estaban en su contra, ¿por qué les sorprende que yo Te haya arrestado?

—No nos sorprende su decisión, teniente. Ésta es lógica, siguiendo la línea argumental que mi propio padre intuyó. Únicamente tratamos de aclarar ciertos conceptos que acaso para usted aparezcan confusos. Mi padre vino a hablar de negocios con míster Lewis esta noche, A las ocho llamó por teléfono a míster Lewis, el cual le citó para una hora más tarde aquí en su casa...

—Lo sé. El propio míster Haley declaró que había hablado por

teléfono con míster Lewis. No voy a poner en duda que sea cierto. Parece ser que míster Haley deseaba refundir su compañía con la del señor Lewis, volviendo a formar sociedad como antes. Tal vez nunca lleguemos a saber lo que míster Lewis contestó por teléfono. Míster Haley vino a la casa a las nueve. No hemos encontrado huellas en el pomo exterior de la puerta de entrada, lo cual podría evidenciar que míster Haley llamó y fue el señor Lewis quien fue a abrirle. Luego entraron en el despacho. Tal vez Lewis no quiso aceptar la sociedad que el señor Haley le ofrecía. Discutieron y como ambos eran de genio muy vivo, llegaron a las manos. Probablemente, en el calor de la lucha, míster Haley cogió la lámpara de la mesa y golpeó con ella al señor Lewis. No quería matarle, pero lo mató, y luego se asustó y huyó. Tal es como aparecen los hechos a la luz de los indicios que poseemos.

—¡Eso es absurdo! —protestó Daniel acaloradamente—. Mi padre no pudo matar a Lewis. ¿Por qué iba a hacerlo? Habían sido amigos durante cuarenta años. No sólo se necesitaban para salvar sus respectivas economías, sino que además, no podían pasar el uno sin el otro. La competencia que entre ellos se había planteado les hería. No sólo mi padre, Sino también el mismo Lewis deseaba la reconciliación. Por lo tanto, carece de fundamento la posibilidad de que se peleaban esta noche. Ambos deseaban llegar a un acuerdo, estaban dispuestos a ceder cada uno un poco. Por lo tanto, su entrevista debió ser cordial de haberse realizado. ¡Pero no se realizó! ¡Robert Lewis estaba moribundo cuando mi padre llegó a la casa, y todo lo que pudo hacer por él fue recoger su último suspiro!

El teniente levantó los hombros.

—No voy a discutir con usted, señor Haley. Sólo diré que resulta extraño que, puesto que se trataba de algo tan importante como asociar de nuevo sus compañías, míster Lewis no consultara el caso con el señor Boyer. ¿No es cierto, señor Boyer, que usted no sabía nada?

—Hablé con el señor Lewis por última vez a las siete de la tarde. Es simplemente absurdo que estuviera dispuesto a dialogar con míster Haley sobre una posible fusión de las dos —compañías, sin haber consultado el asunto conmigo.

—¡Naturalmente que no iba a consultarlo! —exclamó Daniel exasperado—. Usted fue el principal causante de que se pelearan

hace dos años. Lewis tenía que buscar un arreglo a espaldas suyas, pues sabía que de enterarle usted se opondría a cualquier clase de acuerdo.

—Eso no es cierto —replicó Boyer fríamente—. Hace tiempo que yo reconocí las dificultades por que atravesaban la Compañía, llegando a sugerir la conveniencia de una posible fusión de ambas sociedades, pero ésa no era la solución a los ojos de míster Lewis. Su idea era comprar a Haley su compañía, comprometiéndose Haley desde luego a cederle el control de todos los taxis en esta ciudad. De modo que si míster Lewis accedió a tener una entrevista con el señor Haley esta noche, en absoluto pudo ser para tratar de una fusión de sus respectivas compañías. Yo tendría que haber conocido un cambio tan repentino en los propósitos de míster Lewis. Lo que éste tal vez propuso al señor Haley, fue comprarle sus autos e invitarle a retirarse del negocio. Esto explicaría por qué Haley se indignó hasta el punto de atacarle, golpeándole con ésa lámpara.

—Boyer, es usted un maldito enredador —rugió Daniel, conteniendo apenas su impulso de golpear al administrador en su pálido e inexpresivo rostro—. Vayamos a ver a Mary Lewis, y que ella cuente lo que hablamos esta tarde.

—La señorita Lewis ha sido la primera en aceptar como cierto que Haley asesinó a su padre. Eso le ha afectado mucho... —murmuró Boyer.

Daniel iba a rechazar indignado las palabras de Boyer, pero Peter le puso la mano en el hombro y dijo:

—Vamos, Dan. Verdaderamente, no es éste el momento más oportuno para ver a Mary.

Dan dejó caer una mirada de odio sobre Boyer y luego siguió a su hermano en silencio. Hasta que estuvieron de nuevo en el «Ferrari», corriendo bajo la lluvia, aunque a marcha más moderada que la vez anterior, ninguno pronunció palabra. Luego, siguiendo el curso de sus pensamientos, Daniel exclamó indignado:

—¡Ese maldito administrador es un embustero! Lewis no debió pensar jamás en quedarse dueño absoluto del negocio de los taxis.

—Suponiendo que se lo propusiera. Ésa podría ser una razón para que papá se indignara y le abriera la cabeza de un golpe —repuso Peter.

Dan miró un instante a su hermano y luego volvió a clavar la

vista en el mojado asfalto de la carretera.

—No te comprendo, Peter. Tú has hablado con padre..., has podido ver en su rostro la ansiedad, su angustia... ¿Cómo puedes dudar de la verdad de lo que te ha dicho?

Peter Haley no contestó.

## CAPÍTULO IV

A las ocho de la mañana seguía lloviendo. Daniel se detuvo un rato a contemplar la perspectiva que se dominaba desde la ventana de su habitación, con la ciudad bajo el frío y menudo aguacero en primer término, la bahía y el puente de Oakland al fondo, surgiendo borrosamente entre la bruma.

Al bajar al *living* unos minutos más tarde, ya afeitado y vestido, encontró a la señora Haley con los ojos enrojecidos sollozando en el diván, junto a un montón de periódicos.

Serio, severo aún en su traje de mañana de impecable hechura, Peter removía lentamente el azúcar de su taza de café.

Los periódicos de la mañana, como era de esperar, traían amplia información del asesinato de Robert Lewis, así como del arresto de Peter Haley. El afán sensacionalista de la Prensa se empeñaba en presentar los hechos bajo el aire siniestro de una sangrienta lucha entre *gánster* por el dominio del negocio de los taxis de la ciudad.

A este respecto se daban amplias biografías de la víctima y de su supuesto asesino, haciendo hincapié en el turbulento pasado de ambos, y dejando a los dos igualmente malparados ante la opinión pública.

El tono general en que estaban escritas todas las informaciones, quitó a Daniel las ganas de desayunar. Miró a su hermano.

—Nada de cuanto se dice aquí nos favorece mucho, ¿verdad?

—Creo que deberíamos abandonar la casa y buscar habitación en cualquier hotel en Oakland o Martin.

—¿Para qué?

—Los periodistas no tardarán en llegar. Pondrán cerco a la casa, tomarán fotografías de todos nosotros sin que podamos evitarlo, y las publicarán en los periódicos de todo el país.

—Supongo que lo que te preocupa es que alguna fotografía tuya pueda llegar hasta los periódicos de Nueva York, ¿no es eso? —interrogó Daniel. Peter no contestó y Dan continuó—: ¿Por qué no dejas de pensar en ti y te preocupas un poco más por tu padre?

—¿Crees que no me preocupo por él? —protestó Peter enrojando.

—Sólo por lo que la vergüenza de ver a tu padre sentado en el banquillo de los acusados te pueda afectar a ti y a tu maldito prestigio. Haznos un favor. Toma el tren y vuélvete a Nueva York.

—¡Escucha, no soporto que me hables así! —gritó Peter.

La señora Haley rompió a llorar. Los dos hermanos cambiaron una mirada y guardaron silencio. Luego, Peter se levantó y se dirigió al teléfono. Cuando terminó de hablar, colgó el aparato y volvió junto a la señora Haley.

—He conseguido permiso para que puedas ver a papá —informó.

—¿Podré entrar yo también? —preguntó Dan.

—Sólo mamá. Y yo como abogado de papá.

Alguien había traído el auto del viejo Haley, que estaba en la calle bajo la lluvia. Cuando Peter y la señora Haley se marcharon en el automóvil, después de unos minutos de reflexión, Daniel fue en busca de su impermeable y salió a su vez.

Poco después iba conduciendo su «Ferrari» en dirección a Portola Drive.

La mohosa verja del número 1202 estaba cerrada. La casa, al fondo del parque, aparecía entre las desnudas ramas de los árboles, rezumando soledad y tristeza bajo la lluvia. Dan fue a llamar al botón del timbre.

Al otro lado de la verja había un pequeño pabellón de ladrillo destinado en otro tiempo al portero. Un hombre salió del pabellón, abrió un paraguas y se acercó a la verja.

Era Guy Lane, en otros tiempos inquilino de San Quintín, guardaespaldas de Robert Lewis desde que éste se separó de Haley.

—¿Qué quieres, muchacho? —Gruñó el viejo pistolero.

—Quiero ver a la señorita Lewis. Abre.

Guy profirió un sordo gruñido.

—Vergüenza debiera darte, venir por aquí después de lo ocurrido. Vamos, lárgate, porque si abro la verja será peor para ti.

—Tú no creerás que mi padre mató al viejo Lewis.

—Yo creo lo que todo el mundo. Vete, Haley, no está el horno para bollos.

Dan conocía lo bastante a Lane para saber que era inútil disuadirle de una idea cuando ésta se había fijado en su poco ágil cerebro. Volvió al coche y se alejó. Pero no fue muy lejos.

—Nadie me gana a mí a obstinado —se dijo en voz alta.

Redujo la marcha, dio la vuelta y regresó conduciendo despacio para pasar de nuevo ante la verja. Guy ya se había retirado, volviendo al caliente pabellón para sentarse junto a la estufa. Dan siguió adelante, viró de nuevo y regresó hacia la casa, deteniéndose a un centenar de metros de distancia.

Poco después veía a Guy saliendo del pabellón para ir a abrir la verja. Un automóvil venía por la alameda desde la casa. Daniel puso su auto en marcha, calculando las distancias y la velocidad para que su «Ferrari» viniera a quedar parado ante la cerca del número 1202 en el preciso instante que el auto de Mary Lewis trasponía la verja.

El conductor del auto era John Boyer, quien tuvo que aplicar bruscamente el freno para no chocar contra el coche deportivo de Dan que acababa de frenar en la calle interceptándole el camino.

Boyer empujó la portezuela y saltó a la acera, al mismo tiempo que Daniel salía de su coche e iba a enfrentarse con él.

—¡Ah, usted! —exclamó Boyer, y su belicosidad pareció perder impulso.

Desde el coche, Mary Lewis miraba a Daniel. Éste se adelantó hacia ella, pero Boyer le retuvo por un brazo.

—Escuche, Haley...

Dan se volvió con rapidez, apartando la mano de Boyer con un seco golpe. El largo auto de los Lewis había quedado encajado entre los pilares de la verja, de modo que Guy Lane no pudo salir. Boyer hizo una mueca como resignándose y Daniel le volvió la espalda para ir a meter la cabeza y los hombros por la portezuela abierta del coche.

—Tengo que hablar contigo, Mary —dijo a la elegante y grave muchacha que le miraba desde el interior del auto.

—No creo que tengamos nada que hablar.

—Tú no puedes haber cambiado tan repentinamente desde que nos vimos ayer tarde. Entonces hablabas de reconciliar a nuestros

padres y unir de nuevo nuestras Compañías para que todo volviera a ser como había sido antes. Mary, tú no pensarás que mi padre...

—Después de lo ocurrido, todo queda dicho entre nosotros, Dan. Sólo espero que se haga justicia y tu padre vaya a parar a la silla eléctrica. Respecto a lo demás, la competencia continúa donde mi padre la dejó interrumpida. Y no va a ser lo mismo, Dan, te lo aseguro. Esta vez la lucha será a muerte, sin cuartel..., hasta que vosotros y yo hayamos quedado tendidos sobre las calles de esta ciudad.

—¡Tú no estarás hablando en serio, Mary! —protestó Dan.

Boyer le tocó en el hombro por detrás.

—Escucha, Mary...

Boyer le asió sin contemplaciones por el cuello del impermeable y tiró de él con fuerza hacia atrás. El impermeable se desgarró y Daniel se volvió lleno de furia asestando un puñetazo a la nariz de Boyer.

El administrador salió andando hacia atrás hasta chocar en la verja y caer sentado en un charco. Dan le contempló un instante. Luego se volvió hacia el lujoso auto.

—Está bien, si es eso lo que quieres —dijo en voz alta—. Ojalá no tengas que arrepentirte más tarde.

Se dirigió a su automóvil, cerró la portezuela de golpe y empuñó el volante. La mano que movió la palanca de la caja de velocidades, le temblaba. Se sentía muy furioso. El potente motor del «Ferrari» rugió. La máquina dio una brusca arrancada.

Mientras bajaba por Segat Balvedere iba conduciendo a una marcha peligrosa. Redujo la velocidad en la primera curva y trató de serenarse.

Media hora después, con los bajos del «Ferrari» llenos de barro, entraba en el espacioso garaje de la Compañía Haley. Las caras que vio en la oficina expresaban la preocupación y gravedad del momento. Algunos periódicos desaparecieron con rapidez en los cajones de las mesas.

Daniel se dirigió al despacho de su padre. Max Faber, el administrador, le siguió silenciosamente.

—Está bien, Max —le dijo Dan dejándose caer en el sillón que solía ocupar su padre—. El viejo todavía tardará algún tiempo en volver a ocuparse de dirigir la Compañía. Pero el negocio sobrevive

y hay que seguir ocupándose de él.

Max vaciló y finalmente apuntó:

—Yo esperaba que su hermano vendría hoy por aquí.

—Mi hermano va a estar demasiado ocupado defendiendo a papá. Además, Peter apenas sabe nada de este negocio. Usted y yo lo dirigiremos de tal modo que no se note la falta del viejo.

—Como usted diga, señor Haley. Aquí hay una nota —dijo Faber dejando una hoja de papel sobre la mesa—. Tenemos veintisiete bajas en la lista de conductores. Unos llamaron por teléfono y otros mandaron cartas excusándose de acudir al trabajo.

—¿Quieres decir que volvemos a tener una epidemia de gripe en la ciudad?

—Se han despedido.

Dan miró a Faber, pero se abstuvo de hacer comentarios. Después de cuanto habían dicho los periódicos, era natural que algunos conductores abandonaran el servicio en la Compañía Haley, donde los taxistas tenían fama de pistoleros o proceder de todos los presidios del país.

El teléfono repicó sobre la mesa. Era Peter hablando desde la oficina del fiscal del distrito. Dijo que iba a llevar a la señora Haley a un hotel y se reuniría con Dan más tarde.

Peter no llegó hasta después de las doce. Todo el personal de la oficina había salido a almorzar. La expresión de Peter denotaba preocupación.

—¿El fiscal ha rechazado la fianza? —preguntó Daniel.

—No hay fianza para un caso de asesinato en primer grado.

—¿Serán éstos los cargos que el fiscal presentará a la Corte?

—Sí.

—Entonces la cosa va mal.

—Se ha demostrado que las huellas encontradas en la lámpara pertenecen a papá. El pie de esa lámpara fue utilizado como arma para golpear a Lewis. Hay cabellos y sangre de la víctima adheridos al bronce. Esas huellas y la irrefutable presencia de papá en Ja casa, son todas las pruebas que hay contra él. Pero complementadas por una serie de evidencias, son suficientes para condenarle.

—¿Cómo está papá?

—Tranquilo. Confía en mí. Piensa que lograré sacarle de este atolladero. No me atreví a decirle que había pensado buscar un

abogado criminalista para él.

—¿Todavía insistes en ello?

—Este caso es para un especialista. Dan, tienes que admitirlo. Aun así, las esperanzas de salvar a papá son más bien escasas.

—Tal vez resultara más sencillo desenmascarar al verdadero asesino de Robert, ¿no es así? —dijo Dan. El abogado guardó silencio—. Está bien, vamos a almorzar.

Pedro había traído el auto grande, el cual utilizaron para recorrer algunas cuadras hasta un restaurante en la zona del puerto. Buscaron una mesa apartada y mientras almorzaban, reanudaron su interrumpida conversación. Dijo Daniel:

—La policía cree que papá mató a Lewis, seguridad a la que se aferran esgrimiendo las pruebas conseguidas, y que les reporta un alivio considerable, ya que con el culpable entre rejas no tiene que molestarse en buscar más. Sin embargo, papá es inocente. Nosotros sabemos eso, estamos seguros. Luego si papá no mató a Lewis, otro tuvo que hacerlo.

—Eso es evidente —admitió Peter de mala gana—. Si papá es inocente, tiene que haber otro culpable por alguna parte.

—Y nosotros tenemos que desenmascararle. No podemos esperar a que la policía lo haga, pues ellos no moverán un dedo para buscar a otro culpable, mientras tengan a papá bien cogido con toda esta serie de pruebas circunstanciales. La pregunta es, ¿quién pudo matar a Lewis?

—¿Has pensado en alguien? —preguntó Peter distraídamente.

—Sí, pero la persona en quien yo pienso parece ser la única que no pudo hacerlo. Boyer.

—¡Boyer!

—¿Por qué no? Boyer es un hombre con ambiciones. Es joven y no mal parecido. Sale con Mary por las noches. Mary es ahora una pobre chica desamparada que habrá de confiar plenamente en Boyer, para sacar adelante el negocio, de modo que no sería de extrañar que ella acabara casándose con su administrador. Boyer es un hombre con ideas. Por alguna razón que sólo él conoce, piensa que a Lewis no le conviene unir sus taxis a los nuestros. Tal vez esté buscando la manera de apartarnos de este negocio. La idea de comprarnos nuestra parte del negocio, que él atribuye al viejo Lewis, puede en realidad ser suya. Si Lewis realmente se propuso

reconciliarse con papá, Boyer tuvo que verlo muy mal. Es posible que Mary le hablara de la entrevista que los viejos iban a tener esa misma noche o al día siguiente. Boyer decidió que esa entrevista no se realizara nunca, pues la reconciliación entre Lewis y nosotros significaba para él la pérdida del control absoluto de —la compañía de Lewis...

—Y entonces decidió asesinar a Lewis —dijo Peter haciendo una mueca escéptica—. ¿Cometerías tú una muerte por razón idéntica?

—No, si medimos la importancia de los hechos a la luz de nuestra forma de razonar. Más o menos, nosotros somos hombres de una mentalidad corriente. Pero la mentalidad de un asesino no es una mentalidad normal.

Peter reflexionó.

—De acuerdo, admitamos que en la tortuosa mentalidad de Boyer la razón fuera de suficiente peso para llegarle al crimen. Ayer, entre las siete de la tarde y las nueve y media de la noche, Boyer estaba junto a Mary Lewis. ¿Cómo pudo estar todo ese tiempo con Mary y estar al mismo tiempo en el lugar del crimen?

—En realidad no sabemos dónde estuvieron Mary y Boyer todo ese tiempo. Intenté hablar con la chica esta mañana, pero no lo conseguí. Sería interesante saber si Boyer se apartó en algún momento de Mary. Aunque bien mirado, la presencia de Boyer en la casa no era estrictamente necesaria.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que Boyer pudo tener un cómplice. Por ejemplo Guy Lane. ¿Ha investigado la policía dónde estuvo Lane? Generalmente, su misión consistía en acompañar a Lewis cuando salía, y en cuidar la casa mientras su patrón se encontraba en ella. Pero anoche Lane no se encontraba en su sitio. De haber estado donde le correspondía, Lewis probablemente no habría muerto.

Peter guardó silencio. Luego hizo castañetear los dedos llamando al camarero.

—Voy a intentar ver a Mary esta tarde —dijo, mientras echaba mano al bolsillo para sacar un puñado de billetes pagar la cuenta.

Los dos hermanos se despidieron en la calle. Peter se llevó el auto y Dan llamó a un taxi de su propia compañía que acertaba a pasar en aquel instante. De nuevo comenzaba a llover.

Dan regresó directamente a la oficina, pero en vez de despachar

el trabajo acumulado sobre la mesa, fue a quedar de pie ante la ventana, mirando a la calle y viendo caer la lluvia sobre el asfalto.

Después de largo rato se dirigió a la puerta, asomó y dijo:

—Miss Frye, tráigame la lista de teléfonos, por favor.

Veinte minutos más tarde, la señorita Frye dejaba sobre la mesa de Daniel una tarjeta de visita en la que se leía:

«Owen Gaugot. Investigador privado».

—Hágale pasar —dijo Dan.

El hombre que entró a continuación era joven como de treinta años, de estatura regular, bien parecido, de ojos azules, francos e inteligentes. Su impermeable chorreaba agua y el sombrero que traía en las manos estaba empapado.

—Usted me llamó por teléfono.

—Sí —dijo Daniel, señalándole uno de los sillones.

—No pude venir antes —se disculpó el joven, quitándose el impermeable—. En esta ciudad no hay forma de encontrar un taxi en un día de lluvia. Tuve que venir andando.

—Sí, eso ocurre en todas partes. Los días de lluvia jamás hay bastantes taxis. Sin embargo, normalmente, nos sobra la mitad de los taxis que tenemos circulando. De todos modos, se dio usted prisa. Puede colgar el impermeable allí.

Gaugot colgó su impermeable de la percha y tomó asiento, quedando pendiente de los labios de Dan.

Dan expuso a Gaugot sus deseos. Dijo que la policía había detenido a Haley acusándole de asesinato en primer grado, lo cual Gaugot ya sabía por los periódicos.

—Si yo creyera que mi padre mató realmente a Robert Lewis, inútil sería haberle llamado a usted aquí —hizo notar Daniel—. Por el contrario, estoy seguro que mi padre no asesinó a Lewis. Ahora bien, si mi padre es inocente, tiene que haber un culpable en alguna otra parte. Y usted tiene que ayudarnos a encontrarlo.

El detective sacó un bloc de apuntes y una pluma e hizo varias preguntas referentes en primer lugar a mister Haley y sus relaciones con la víctima, y luego sobre Robert Lewis y el personal de servicio en la casa de Portola Drive 1202.

—¿Sospechan ustedes de alguien en particular? —preguntó Gaugot.

—Sí.

—¿Quién es el hombre?

—John Boyer. Vino a trabajar a estas oficinas hace cinco años. Era un tipo inteligente y muy activo, y pronto destacó. Ascendió de categoría y sueldo, y en poco tiempo estuvo situado en el primer puesto después de Max Faber, que ya entonces era nuestro administrador. Pero la ambición de Boyer no podía detenerse ahí, y empezó a conspirar para arrebatarse el puesto a Faber. Como no encontró apoyo en mi padre, se inclinó por Lewis y lo ganó con sus artes de seducción. Las relaciones entre mi padre y Lewis comenzaron a ponerse tirantes. El malestar iba en aumento, hasta que finalmente surgió un motivo. Mi hermano dejó la ciudad y se marchó a Nueva York. Desde allí escribió a Mary Lewis dando por rotas sus relaciones. El señor Lewis vino a pedir satisfacciones a papá por la conducta de Peter, pero mi hermano había sido siempre el ojo derecho de mi padre y éste rechazó indignado las acusaciones de su socio. Sobrevino la ruptura, que era lo que Boyer deseaba, y ésa fue su ocasión. Lewis le nombró su administrador y depositó en él su confianza. Sin embargo, pese a las grandes dotes administrativas de Boyer, el negocio de la Compañía Lewis no prosperó. La reñida competencia entablada entre nuestras compañías era igualmente perjudicial para ambas. No sé si Boyer llegó a admitirlo alguna vez. Anoche mi padre habló por teléfono con Lewis, acordando entre ambos tener una entrevista. Boyer asegura que el propósito era ofrecer a mi padre comprarle el negocio, razón por la cual mi padre se enojaría y le golpearía causándole la muerte. Yo creo que Boyer miente. La reconciliación de los viejos, y la consiguiente refusión de nuestras compañías, habría echado por tierra los ambiciosos planes de Boyer, entre los que tal vez se contaban el de ofrecernos la cesión de nuestro negocio como él dijo. El sí tuvo un móvil para matar a Lewis, bien por su propia mano o pagando a alguien para que lo hiciera por él.

Dan, que esperaba ver a Gaugot entusiasmado con esta idea, sufrió una decepción. El detective se limitó a tomar algunas notas, sin hacer comentario alguno.

—¿Sabe usted de alguien más que pudiera tener un motivo para asesinar a Lewis?

—No, desde luego.

Gaugot se puso en pie, guardó su bloc de notas y tomó el impermeable. Eran las cinco y seguía lloviendo. Dan utilizó el interfono para llamar a Moss y ordenarle que pusiera un taxi en la puerta para llevar a Gaugot.

—Iré yo mismo —dijo Moss—. Todo el personal está prestando servicio en la calle.

El detective se despidió y abandonó la oficina. Después de la marcha de Gaugot, Daniel volvió a la ventana para seguir mirando a la calle, viendo caer la lluvia en los charcos al pie de las farolas. El personal abandonaba la oficina y la señorita Frye asomó para preguntar si necesitaba alguna cosa.

—Nada, gracias. Buenas tardes.

Había oscurecido por completo. Daniel fue hasta la mesa, encendió la lámpara y trabajó media hora sobre los papeles. Dejó dg llover. Los taxis empezaban a regresar: Dan miró la hora, se puso en pie y fue a tomar su impermeable.

Al salir apagó la luz.

Max Faber trabajaba todavía en la oficina.

—¿Acabó usted? Le llevaré a su casa, me viene de paso —dijo Daniel.

Salieron juntos, bajando por la escalera hasta el piso interior. El patio era cuadrado y muy espacioso, con una puerta de entrada y otra de salida para los taxis, y una pequeña estación de servicio en el centro, bajo un tejado. Alrededor del patio se extendían los porches donde se guardaban los autos bien alineados uno junto al otro.

Dan había dejado su deportivo bajo el porche. Un taxi maniobraba para entrar reculando en su, garaje. Cuando Daniel y Faber cruzaban el patio hacia el coche, se escuchó en la entrada un chirrido de frenos. Un taxi irrumpió en el patio a una marcha excesiva y dobló para tomar la curva.

—¡Eh, qué hace ese loco! —gritó Faber parándose en mitad del patio.

Bruscamente crepitaron las ametralladoras, arrojando lengüetazos de llamas anaranjadas desde las ventanillas posteriores. Las balas recorrieron la batería de coches aparcados bajo los porches, arrancaron polvo de los pilares, tamborilearon al golpear las carrocerías metálicas y derribaron a un par de hombres.

Daniel y Faber habían quedado como clavados al suelo, pero el auto iba hacia ellos arrojando plomo por ambos lados y Dan pegó un brinco:

—¡Max, apártese!

Dan corrió hacia los porches de la izquierda mientras Faber hacía lo mismo corriendo hacia la derecha, o sea hacia la pequeña estación de servicio.

Las balas silbaron sobre Daniel cuando éste se tiraba al suelo de bruces. De una ventanilla del lado contrario salió un objeto que fue a parar rodando a los pies de Faber. Una rociada de balas alcanzó al administrador por la espalda y le derribó de bruces en el suelo. El taxi pasó rugiendo, acelerando de nuevo para tomar la curva con escalofriante chirrido de llantas y embocar la puerta de salida.

Apenas el coche había enfilado la puerta hacia la calle cuando brilló un fogonazo y estalló una carga explosiva al pie del surtidor.

Piezas metálicas y mangueras saltaron por el aire en mitad de la explosión, el techo del tejado voló arrancado de cuajo y el suelo tembló. Siguió a esto un estrépito de cristales que caían al patio desde las ventanas de la planta superior, y a continuación una gran llamarada que se extendía por el piso del patio en dirección a las bocas de los desagües.

Daniel saltó en pie mirando estupefacto a su alrededor. La gasolina del surtidor era la causante del violento incendio. Al resplandor de éste, Daniel vio a su propio auto ardiendo, y a Max Faber en el suelo junto a las llamas que se extendían por el piso.

—¡Pronto, los extintores! —gritó Dan. Pero en ese momento no se veía a nadie.

Dan corrió hacia una de las pilastras, descolgó un rojo extintor y corrió con el aparato hacia Faber. Las llamas habían prendido ya en el abrigo del administrador cuando Dan llegó junto a él. Dan abrió la válvula del extintor, y el blanco líquido salió silbando en forma de chorro bajo presión.

Un hombre acudió junto a Daniel. Era Catlow «Yumbo». Éste se arrojó intrépidamente entre las llamas bajo la rociada del extintor, asíó a Max Faber por un tobillo y tiró de él arrastrándolo fuera de las llamas.

Daniel todavía lanzó una rociada de líquido sobre las pequeñas llamas que salían de las ropas de Faber. Luego corrió hacia el

automóvil que también ardía y que constituía un grave peligro de explosión.

Los hombres corrían de un lado a otro, pero en medio de la confusión y el pánico cobró conciencia la necesidad de acudir a combatir el incendio.

—¡Que alguien llame al servicio de bomberos! —gritó Dan—. ¡Rápido, aquí los extintores!

Más hombres acudieron. Daniel tiró el vacío recipiente del extintor y retrocedió hasta donde Catlow se incorporaba mirándose las grandes manos manchadas de un líquido rojo y viscoso.

—¿Faber? —preguntó Daniel.

El gigantesco «Yumbo» sacudió la cabeza.

—Esa maldita ametralladora le alcanzó bien. Está muerto.

Dan quedó yerto bajo la terrible impresión. En un segundo desfiló ante él la visión de la mujer de Faber y sus desamparados hijos, llorando sin consuelo la muerte de aquel hombre bueno y honrado. Bajo esta visión, el brutal y bárbaro ataque de que acababa de ser víctima se le apareció más cruel y horrendo. Y una rabia ciega le dominó.

Un hombre llegó a su lado y empezó a hablarle excitadamente, pero hasta que pronunció la palabra «muy grave», Dan en realidad no le oyó.

Al parecer había otros dos hombres heridos, uno de ellos, John Harlow, de bastante gravedad. Dan siguió al hombre hasta los porches, encontrando allí a Harlow tendido sobre una lona, rodeado de algunos de sus compañeros.

—Tiene dos balas en el cuerpo, una de ellas alojada en un pulmón —informó uno de los conductores más viejos—. Hay que trasladarle rápidamente al hospital.

—Que alguien vaya a llamar a una ambulancia —dijo Dan, y un hombre salió corriendo en busca del teléfono.

Daniel regresó al centro del patio, donde los empleados habían conseguido aislar el fuego del «Ferrari» del surtidor de gasolina destrozado por la explosión. Poco después se escuchó una sirena en la calle, y un auto de la Policía irrumpió en el patio deteniéndose con un gemido de llantas de goma sobre el asfalto.

## CAPÍTULO V

El teniente Covert llegó en el tercer coche de la Policía después de los bomberos y la ambulancia.

—¿Es éste el herido? —preguntó Covert señalando al cuerpo que había sido retirado bajo los porches.

—No, él ya no necesita nada. Es Faber. Está muerto.

—¿Qué ha pasado aquí?

Daniel se lo contó en breves palabras.

—Esto es cosa de la pandilla de Lewis, ¿verdad? —insinuó el teniente—. Al fin entraron en acción los viejos métodos del gansterismo profesional. Pero les prevengo una cosa, esto no es Chicago, ni estamos en los tiempos de Al Capone, ni vamos a permitir que dos pandillas rivales siembren la confusión y el pánico en la ciudad dirimiendo sus rencillas en las calles con música de ametralladora.

—Habla usted muy aprisa, teniente —contestó Dan secamente—. Tal vez se equivoque. Puede que no sea cosa de Lewis.

—¿De quién entonces?

Daniel vaciló unos instantes antes de contestar:

—Busque a un tipo llamado Lapman e interróguele.

—¿Loren Lapman? ¿Qué tiene que ver con esto?

—Estuvo aquí ayer tarde escoltado por sus torpederos. Venía a ofrecernos su protección, pero no tuvo éxito. Se marchó bastante enojado, asegurando que pronto nos enviaría un recuerdo.

—¿De modo que esas tenemos? —Gruñó Covert—. Creo que iremos a hacerle unas cuantas preguntas a ese tipo.

—Pregúntele también si estuvo en casa de Lewis anoche —insinuó Daniel. Covert le miró con agudeza y Dan continuó—: No había vuelto a acordarme de Lapman, pero ya que hablamos de él,

se me ocurre que bien pudo ir a ver a Lewis con idéntica proposición.

Covert entendió perfectamente la idea de Daniel Haley, pero se abstuvo de comentarla. Poco después abandonaba el garaje seguido del sargento Waldo y los hombres que iban con él.

Mientras tanto, el fuego había sido completamente dominado por los bomberos, que estaban recogiendo sus mangueras y el disperso equipo de extinción. La mayor parte de los taxis habían regresado también, y el patio estaba lleno de conductores que comentaban entre sí lo ocurrido.

Había un sentimiento general y sincero por la muerte de Max, a quien todos apreciaban. Y por otra parte, el temor se había apoderado de la mayoría de los conductores.

Cuando Dan se disponía a tomar uno de los coches, una comisión de doce conductores se acercó a él.

—Usted no lo tomará a mal, muchacho —dijo el más veterano del grupo—. Pero tal como se han puesto las cosas, nosotros no queremos continuar. La profesión se ha hecho demasiado peligrosa. Salir guiando un taxi a la calle en estas condiciones, es como ir sentado sobre una carga de dinamita. Uno nunca sabe si regresará.

—Vengan mañana por aquí —y se les pagará lo que se les deba.

Los hombres, quedaron como esperando que Daniel dijera algo más, pero el joven nada tenía que añadir.

Mientras guiaba el auto por las calles de la ciudad, todavía mojadas por la lluvia, Dan reflexionó acerca de lo sucedido. Cuanto más pensaba en ello, más se alejaba de su primera impresión. En realidad, Lapman tendría que haber sido muy estúpido para obrar de esta manera, exponiéndolo todo para conseguir nada. El ataque más parecía el designio de alguien cuyo propósito era sembrar el terror, de tal forma que el público rehusara utilizar los taxis, y los conductores se negaran a guiar los autos de la «Compañía Haley», como en efecto ya estaba ocurriendo.

Lapman, en todo caso, se habría limitado a golpear a unos cuantos conductores, pegarle fuego a algún taxi o poner una bomba en la puerta de los Haley, hasta que éstos, contabilizando sabiamente pérdidas y ganancias, se avinieran a pagar una contribución que garantizara su tranquilidad y la seguridad de autos y conductores de la Compañía.

Lapman no podía ser tan brutalmente necio que atacara el cuartel general de la «Compañía Haley», con bombas y ametralladoras, mereciendo con ello que le sentaran en la silla eléctrica acusado de asesinato en la inocente persona de un administrador. De modo que según todas las probabilidades, el ataque tenía que proceder de otra parte.

¿Era Obra de la Compañía Lewis? ¿Habría ordenado Mary Lewis personalmente aquel asalto?

Daniel sintió el impulso de cambiar de ruta para dirigirse a Portola Drive. Luego se contuvo.

De ninguna manera podía creer a Mary capaz de un acto semejante. La Policía estaría investigando. Era, pues, preferible esperar, y obrar después según el resultado de las indagaciones de la Policía.

Daniel siguió en la ruta que llevaba. Ésta le conducía al domicilio del infortunado Faber. Hubiera dado con gusto cualquier cosa para que otro tomara su puesto, pero entendía que en ausencia de su padre, el deber de enterar a la viuda de lo ocurrido le correspondía a él.

Fue una desagradable y penosa experiencia. Lo fue, sobre todo, porque al tener que relatar cómo habían ocurrido las cosas, tuvo que admitir que Max había sido la víctima inocente de una lucha en la que no tenía parte.

Dan permaneció junto a la señora Faber hasta que llegaron algunos parientes de ésta, avisados por teléfono. Luego se despidió y tomó de nuevo el taxi que había estacionado en la calle para continuar hasta su casa.

Peter acababa de llegar. Informado por Daniel de lo ocurrido, el abogado quedó aplastado por la consternación.

—Vamos a conseguir que la gente crea que realmente somos una pandilla de *gánster* —se lamentó—. ¿Quién pudo hacerlo? ¿Lewis, tal vez?

—Lewis está muerto —apuntó Dan.

—¿Boyer? ¿Mary?

Daniel levantó los hombros. Llamaron a la puerta.

—Yo mismo iré a abrir —dijo Dan a la criada que cruzaba ante la puerta del *living*.

Se levantó y acudió junto a la puerta. Antes de abrir colocó en

su sitio la cadena de seguridad. Luego entreabrió la puerta. Eran un par de periodistas armados de cámaras y lámparas de destello. Dan les mandó al infierno, cerró la puerta ante sus narices y desconectó el timbre para que no molestaran más.

Poco después, mientras cenaban en la cocina, Peter volvió sobre el tema lamentándose:

—Mañana, los periódicos de todo el país anunciarán con grandes titulares que nos estamos matando por las calles como en los buenos tiempos de papá. ¡Dios mío, esta publicidad va a arruinar por completo mi carrera!

—Nuestro padre está entre rejas acusado de asesinato, uno de nuestros empleados cayó esta noche bajo las balas, y otro está malherido en el hospital. ¡Y lo único que te preocupa, es que tus amigos de Nueva York puedan relacionar tu nombre con una familia de *gánster* de San Francisco! ¿Por qué no dejas de pensar en ti mismo y te preocupas un poco de los demás?

—Es en los demás en quien pienso —se lamentó Peter—. Dan, estoy prometido a una señorita hija de una buena familia de Nueva York.

Daniel guardó silencio. Después preguntó:

—¿Fue por eso que dejaste plantada a Mary Lewis?

Peter no contestó a la pregunta. Dan prosiguió:

—Ya que hablamos de Mary. ¿Conseguiste verla?

—No. No me permitieron entrar en la casa. Aunque de todos modos no ha debido perderse mucho. Cualquier gestión que yo hubiese tratado de entablar, habría fracasado en tocante a Mary. Ella me detesta.

—Tal vez con razón —repuso Daniel.

Tampoco esta vez hubo respuesta por parte de su hermano. Dan se levantó y se dirigió al teléfono.

Llamó al hospital y preguntó por Harlow. Éste, según le informaron, había sido intervenido quirúrgicamente y se encontraba bien por el momento. Los médicos confiaban en salvar su vida.

Daniel dio las buenas noches a su hermano y se retiró a su habitación. Antes de acostarse ajustó el despertador para que sonara a las seis. El viejo Haley estaba preso. Faber había muerto y muchos de los conductores habían desertado, pero el negocio no podía abandonarse, y los taxis debían salir a la calle al día siguiente.

Cuando el despertador sonó a las seis, Daniel saltó de la cama, se afeitó y se vistió rápidamente. Media hora más tarde, todavía con estrellas en el cielo, iba guiando el auto por las calles de la dormida ciudad hacia las oficinas de la Compañía.

Los conductores empezaban a llegar al garaje, permanentemente abierto día y noche. La mayoría de ellos acababan de desembarcar del «ferry» procedente de Oakland, al otro lado de la bahía. Cuando los taxis empezaron a salir a las siete, sólo la mitad de los conductores habituales se habían presentado al trabajo, pero esto con todo no iba a ser lo peor.

Aproximadamente a la misma hora que los taxis de la «Compañía Haley» se lanzaban a la calle, los periódicos de la mañana llegaban hasta los últimos puestos de venta de los más alejados rincones de la ciudad. Un millón de ciudadanos, al llegar hasta la mesa de su desayuno y desplegar los periódicos, sabrían del brutal ataque de la tarde anterior contra la base de los taxis de la «Haley Cab», perpetrado según las apariencias por una banda rival.

Los temerosos, en general, se abstendrían de tomar un taxi aquel día, y una inmensa mayoría no lo haría en mucho tiempo, al menos hasta que se despejara la situación.

Para asegurarse de que sus predicciones no eran erróneas, Dan envió a George Catlow y Abel Moss a la calle guiando sendos taxis, con orden de regresar a las ocho y media. Dan tomaba una taza de café en la oficina cuando se presentaron los dos mecánicos.

—¿Y bien? —les preguntó Daniel en cuanto los tuvo ante su mesa.

Moss meneó la cabeza.

—Ni un solo pasajero. Esta mañana, la gente se amontona en los autobuses o marcha a pie hasta sus lugares de trabajo. Nadie toma un taxi. Nuestros muchachos esperan cruzados de brazos, y los conductores de Lewis se encuentran en la misma situación. Es fácil de comprender lo ocurrido si uno echa una ojeada a los periódicos.

Moss dejó sobre la mesa un diario de la, mañana que Dan desplegó. A grandes titulares en primera página podía leerse:

«Lucha sangrienta entre pandillas por el control de los taxis». «Asalto al cuartel general de la “Compañía Haley” con metralletas y bombas de mano. Un muerto

y un herido grave. Otro herido leve y varios desperfectos en las instalaciones».

Abel Moss dijo:

—Como usted verá, si sigue leyendo, se da por descontado que fue cosa, de la gente de Lewis la visita que recibimos ayer. Nuestros muchachos se sienten furiosos por la muerte de Faber, y la mayoría de nosotros estamos deseando devolverle la visita a Lewis. Ninguno de nosotros vino sólo hoy —concluyó. Y sacó del cinturón una pistola japonesa de largo y pavonado cañón.

—Guarda eso, Abel —respondió Dan con gravedad—. Yo mismo me siento tan indignado como vosotros, pero rió debemos permitir que nos dominen los nervios. Hoy mismo sabremos si fue cosa de Lewis o de ese tunante de Lapman. Luego procederemos según convenga.

Apenas se habían marchado Moss y Catlow cuando sonó el teléfono sobre la mesa. Dan tomó el aparato.

—¿Haley? Soy Covert —dijo una voz a través de la línea.

—Hola, teniente. ¿Alguna novedad?

—¿Puede venir a hablar conmigo? Estaré en mi despacho hasta las diez.

—Muy bien, ahora mismo voy —respondió Dan. Esperó hasta que su interlocutor hubo colgado, y luego colgó a su vez.

Dan tomó su abrigo y el sombrero y abandonó el despacho.

—Voy a salir. Estaré en el Cuartel General de la Policía —advirtió a la señorita Frye mientras cruzaba la oficina. Y en este momento se encontró con el detective Gaugot que entraba.

—¡Vaya! —exclamó Daniel—. Ya estaba pensando si se habría muerto usted.

—Usted olvida que ya era muy tarde ayer cuando me marché de aquí. No he tenido mucho tiempo para hacer progresos.

—¿Pero ha progresado?

—Algo. ¿Iba a salir usted?

—Sí. Venga conmigo, hablaremos por el camino. También aquí han ocurrido cosas desde que usted se marchó. El teniente Covert me ha citado en su oficina. ¿Ha traído usted coche?

—Vine en taxi. Uno de los suyos.

—¿De veras? Mire por dónde. Será usted la única persona que

hoy utilice un taxi en toda la ciudad. ¿Ha leído los periódicos? —dijo Daniel mientras bajaban por la escalera interior hasta el patio, y le tendió el periódico.

—Lo he leído, sí —repuso Gaugot rechazando el periódico que Dan le ofrecía—. Parece que las cosas se van complicando, ¿no es cierto? Esa publicidad va a perjudicarles mucho, tanto a ustedes como a la «Compañía Lewis».

Tomaron un taxi de los muchos estacionados en el garaje. Mientras iba conduciendo el auto por las calles de la ciudad, Daniel preguntó a Gaugot por el resultado de sus pesquisas.

—He estado comprobando la coartaba de Boyer, y me he ocupado un poco también en seguir los pasos de Guy Lane la tarde del crimen. La sirvienta de los Lewis no habita en la casa y se marchó a las seis como todos los días. Los Lewis comieron alrededor de las siete. A esa hora llegó John Boyer. La señorita Lewis no comió en casa, pues había aceptado la invitación del administrador de hacerlo en un restaurante antes de asistir a la representación de una revista musical, para la que Boyer había sacado los boletos esa misma tarde. Guy Lane salió de la casa poco después de las ocho.

—Así pues, Lane se encontraba todavía en la casa cuando Lewis recibió la llamada telefónica de mi padre —apuntó Daniel.

—Sería interesante interrogar a Lane a este respecto, y espero que el abogado del señor Haley lo tenga en cuenta durante la vista del caso ante la Corte. Mi idea es que después de recibir ésa llamada, el señor Lewis deseó encontrarse a solas en la casa para cuando llegara el señor Haley. Por eso, probablemente sugirió a Lane que fuera a divertirse un poco con los amigos. Lane sacó su viejo automóvil del garaje y se dirigió a cierto garito de la parte baja de la ciudad, «El Continental». Allí saludó a sus viejos amigos y después fue a hacer lo mismo con su amiga la señora Dillard, la dueña del garito, cuyo marido cumple una larga condena en San Quintín. Lane debió permanecer alrededor de una hora en compañía de la señora Dillard en el gabinete particular de ésta. Luego bajó a reunirse con sus amigos y estuvo jugando una interesante partida de póker hasta las once. Cuando regresó al mil doscientos dos de Portola Drive encontró aquello ocupado por la Policía. Boyer y la señorita Lewis acababan de regresar del teatro. Fue entonces cuando Guy Lane supo que habían asesinado a su

patrón.

—¿Quiere decir que tanto Boyer como Lane no tuvieron oportunidad de regresar a la casa de Portola Drive para asesinar al viejo?

—Yo no he dicho tanto. Las coartadas están precisamente para cumplir ese fin, o sea para dar razón de un tiempo que habría resultado comprometedor ocupar en otra parte. Veamos si no el caso de Guy Lane. Entra en un garito, saluda alegremente a sus viejos amigos y pasa a encerrarse con su amiga en otra habitación. Permanece una hora allí y luego vuelve a salir para ponerse a jugar una partida de naipes. A primera vista parece que Lane no se ha movido. Seguramente, si llega el caso, la señora Dillard jurará que Lane estuvo con ella todo ese tiempo. Sin embargo, la taberna tiene una puerta trasera que da a un oscuro callejón poco transitado. Lane pudo salir por esa puerta, regresar a Portola Drive, cometer el crimen y estar de vuelta para presentarse tan campante ante sus amigos, todos los cuales darán fe de que Lane llegó a las ocho y quince minutos y no abandonó la taberna hasta las once.

—¿Lane pudo hacer eso? —preguntó Dan interesado.

—Pudo, en efecto. Sin embargo, el hecho de que pudiera no significa necesariamente que lo hiciera. Examinemos la cuestión. Lewis contesta al teléfono a las ocho, habla con míster Haley y ambos acuerdan encontrarse una hora más tarde allí en la misma casa. Deseando alejar a Lane, su patrón le invita a salir. Lane acepta encantado. ¿Ha podido escuchar la conversación telefónica? ¿Está enterado de la entrevista que poco después tendrá lugar entre su patrón y Haley? Supongamos que Lane es un fisgón y ha estado escuchando por otro teléfono. La entrevista de Lewis y Haley y su probable reconciliación, ¿tiene algún interés para Lane?

—Para él quizá no, pero sí para Boyer. Y Boyer podía tener en Lane un espía situado en la misma casa de Lewis —repuso Daniel.

—Admitámoslo. Lane tiene que avisar a Boyer. Tendría que saber dónde se encontraba Boyer en aquel momento, correr a su encuentro y enterarle de la proyectada entrevista de Lewis con Haley. A menos que dejara a la señorita Lewis por media hora, Boyer tuvo que delegar en su cómplice la misión de matar a Lewis. Es un poco extraño que Boyer confiara trabajo tan importante en un hombre como Guy Lane. En todo caso, no dejaba de ser muy

arriesgado.

—Para Boyer, que es un cobarde, ésa sería la solución ideal.

Gaugot guardó silencio. Luego habló y dijo:

—La parte más difícil de comprobar es la que se refiere a John Boyer. No puedo preguntarle esas cosas a él mismo. La señorita Lewis tal vez resultara más accesible.

—Tracemos un plan —propuso Daniel—. Siga usted investigando la coartada de Lane, y yo me encargo de la señorita Lewis.

Poco después, Dan detenía su auto ante el Cuartel General de la Policía. Gaugot se despidió y Dan entró en el edificio.

El teniente Covert recibió a Dan en su despacho. Le señaló una butaca, se retrepó en su sillón giratorio y unió los dedos de ambas manos contemplando pensativamente al visitante.

—Usted sugirió anoche que acaso me equivocara respecto a la identidad de los sujetos que lanzaron el ataque contra su garaje —dijo Covert. Y se detuvo como esperando que sus palabras calaran profundamente en el ánimo de su interlocutor—. Pues bien, creo que no me equivoqué.

Dan se removió inquieto en su asiento. Covert continuó:

—Detuvimos a Lapman, le interrogamos hasta la una de la madrugada, y finalmente le soltamos. Lapman estuvo entre las cinco de la tarde y el momento en que le detuvimos en el canódromo de Golden Gate Park.

Daniel levantó los hombros.

—Dígame si en realidad esperaba usted otra cosa.

—Por supuesto —repuso Covert—. Lapman no iba a comprometerse tomando parte personal en el asalto. Por el contrario, suponiendo que proyectara ese ataque, tenía que buscar para sí una buena coartada. Y la presentó. Esto no es extraño. Lo curioso es que sus hombres estaban con él; Jimmy Dochey... Brent Svenson... Paul Mercer... Hemos interrogado a todos ellos.

—¿Y está usted seguro que ellos no participaron en el asalto a mi garaje?

—Naturalmente, no podemos descartar por completo la posibilidad de que otros individuos llevaran a cabo el ataque por orden de Lapman. Pero si nos alejamos de Lapman y trasladamos la acción a otros cuadrilleros, entonces resulta una cosa.

—¿Qué?

—Que la Compañía Lewis pudo hacer lo mismo, o sea contratar a unos cuantos tipos provistos de ametralladoras y bombas de mano para que realizaran el encargo por una determinada cantidad de dinero.

—Usted quiere hacer responsable a toda costa a Lewis, ¿no es así?

—No nos engañemos, Haley. Ustedes libran una lucha secreta hace tiempo, y ahora esa lucha se manifiesta también en la superficie a raíz de la muerte de Robert Lewis. El ataque de ayer a la base de los taxis de la Compañía Haley es casi una consecuencia lógica de lo que le sucedió a Lewis anteayer.

—Usted piensa que el asalto de ayer es resultado de la venganza de la señorita Lewis por el asesinato de su padre a manos del mío.

—Sí. Y tan convencido estoy de ello, que en estos momentos mis hombres interrogan a John Boyer y a la señorita Lewis por separado en este mismo edificio.

—¿Ha detenido a la señorita Lewis?

—No, exactamente. No se puede arrestar a una persona sin fundamento de causa. En realidad no espero mucho de ese interrogatorio. Más bien confío en que mis hombres, en cualquier momento y en cualquier rincón de la ciudad, echen el guante a los individuos que tan alegremente manejaban las metralletas anoche. Entonces sabré de cierto quién organizó el golpe.

—En otras palabras, usted no sabe nada ni puede afirmar nada. Me pregunto por qué me hizo perder mi tiempo pidiéndome que viniera aquí.

—Quiero hacerle una advertencia, Haley. No crea que me engaña con su pretendida buena fe respecto a las intenciones de sus enemigos. A usted le escuece la herida. Me he tomado la molestia de sacar el pulso a sus conductores, y es evidente que todos esperan y desean que muy pronto se saque usted la espina devolviendo la ruidosa visita que anoche les hicieron en su cuartel general. Mi aviso es éste: Guárdese de tomarse la venganza por su mano, o de lo contrario lo sentirá.

—¿Es eso todo cuanto tiene que decirme?

—Sí.

Dan Haley se puso en pie.

—Buenos días —saludó con sequedad. Y abandonó la oficina.

## CAPÍTULO VI

La primera en salir del edificio fue Mary Lewis. Ésta se dirigió a la zona de aparcamiento reservada a los coches de la Policía, subió a su auto y tomó asiento tras el volante, disponiéndose a esperar.

John Boyer salió diez minutos más tarde, se detuvo en la acera mirando arriba y abajo y vio el auto de Mary Lewis. Boyer se puso de nuevo en movimiento, avanzando por la acera hasta reunirse con la muchacha, la cual desde el interior le abrió la portezuela.

Desde el otro lado de la calle, en la zona de aparcamiento de taxis, Daniel Haley vio a Boyer subir al auto de Mary Lewis. Cuando el auto de ésta se puso en marcha, Dan sacó el taxi de la zona de aparcamiento y echó detrás siguiendo a la pareja desde una distancia prudencial.

Rodando a través de las calles de la ciudad a una marcha moderada, el auto de Mary avanzó entre el tráfico con el taxi de Daniel detrás. Por la dirección que llevaban, Dan supuso que Mary y su administrador se dirigían a la base de taxis de la «Lewis Cap Co.», como en efecto pudo comprobar poco después.

El lugar era bien conocido de Daniel, pues antes de separarse los socios, la Compañía había ocupado el mismo viejo edificio casi desde que Lewis y Haley se iniciaron en el negocio de los taxis, después de ser expulsados de Chicago.

Dan detuvo su auto a la entrada de la calle y siguió espionando de lejos el auto, la acera y la entrada a las oficinas de Lewis.

Cuando Mary salió de nuevo era casi el mediodía. Esta vez iba sola. Dan puso su auto en marcha, pasó ante el garaje de Lewis y continuó detrás de la muchacha hasta que ésta estacionó su automóvil ante un restaurante céntrico.

Dan echó pie a tierra, se puso el abrigo y el sombrero y entró en

el restaurante. Mary había ido a ocupar una mesa en un pequeño reservado en forma de palco. Al levantar los ojos de la carta y ver ante, ella la alta figura de Daniel Haley, los rojos labios de Mary se fruncieron en una mueca de contrariedad.

—¿Me permites que te acompañe? —dijo Dan.

—Estoy citada con alguien que no tardará en llegar —respondió la joven con displicencia.

—Cuando llegue esa persona me iré —dijo Dan. Y se despojó del abrigo y el sombrero, que entregó a la camarera con una sonrisa.

Tomó asiento en el diván, frente por frente de la muchacha y teniendo entre ambos la mesa.

—¿Es Boyer tal vez el amigo que esperas? —preguntó.

—Sí —contestó Mary desabridamente. Pero tal afirmación tenía escasos visos de verosimilitud, puesto que ella acababa de separarse de Boyer, y no era lógico aguardarle en un restaurante, en vez de esperar un poco en la oficina y salir juntos.

—¿Qué has podido ver en ese hombre? Por fuerza habré de admitir que tiene algo fascinador, ya que antes tu padre y ahora tú habéis caído presas de sus artes de seducción.

Mary se limitó a guardar silencio, mirando distraídamente al público que empezaba a llenar rápidamente el local.

—Respóndeme sinceramente, Mary. ¿Todavía crees que mi pare mató al tuyo?

Ella se volvió con vivacidad.

—¡Qué duda cabe! —exclamó.

—¿Y es por eso que en venganza me atacaste anoche?

—¡Oh, espera! —protestó la muchacha indignada—. Ya estoy harta de esa historia. ¡Nosotros nada tuvimos que ver con el ataque que sufristeis anoche!

—¿Estás segura? ¿Sabes lo que piensa la Policía?

—Claro, sé lo que piensa la Policía. Me han tenido toda la mañana allí, haciéndome preguntas idiotas para hacerme caer en una contradicción, pero perdieron su tiempo, porque nada podían sacarme, no teniendo yo nada que ocultar.

—Contéstame entonces a esto. ¿Estás segura de controlar de tal modo a tus empleados, que nadie podría tomar por sí mismo decisiones tan graves como venir a atacar mi cuartel general con ametralladoras y granadas de mano?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que quiero decir es esto: Si a pesar de ser la única dueña de la Compañía Lewis no eres capaz de sujetar a tu administrador, para impedir que en tu nombre, con tu dinero y bajo tu responsabilidad haga lo que a él le parezca, tú eres responsable de cuanto ocurra como consecuencia de las libertades que tu administrador se permita, por tu indecisión, tu ignorancia o tu impericia. O en otras palabras: si al fin se demuestra que el ataque de ayer fue ordenado por John. Boyer, por más que alegues ignorancia, serás tan responsable como él de un acto criminal en el que perdió la vida un hombre inocente: Max Faber.

Mary Lewis, se removió llena de inquietud y angustia.

—Boyer nunca se atrevería a llevar a cabo un acto semejante. ¿Por qué había de hacerlo? Lo ocurrido anoche nos ha perjudicado a nosotros tanto como a vosotros. En toda la ciudad, la gente se abstuvo hoy de tomar un taxi. Y es natural que así sea, ya que si nuestros taxis no ofrecen suficientes garantías de seguridad personal para quienes los utilizan, nadie querrá utilizarlos.

—Ésa no debería ser razón para detener a quien se propone eliminar a un competidor por cualquier medio. Si la «Compañía Haley» desaparece, cuando haya terminado la lucha y sólo exista la «Compañía Lewis», el público volverá a utilizar vuestros taxis.

—¡Pero la «Compañía Haley» no va a desaparecer! —exclamó Mary.

La camarera llegó con los platos que Mary había pedido. Dan tomó la carta y eligió un par de cosas al azar. Después que la camarera se marchó, reinó el silencio entre ambos. Luego, Mary, dijo:

—Tú no habrás tomado en serio lo que dije. Aunque me propusiera destruirlos, no sabría cómo hacerlo.

—Boyer sí sabría. ¿Sabes lo que piensa él al respecto?

—¿Qué importa lo que él piense? Boyer no es más que un simple empleado..., alguien a quien yo podría despedir en cualquier momento si quisiera; hoy, mañana, o dentro de una semana.

—Yo no diría eso de Boyer, no es un empleado cualquiera, sino un hombre eficiente, lleno de ideas y ambiciones... y te ama. ¿No es cierto que está enamorado de ti?

Daniel vio colorearse las mejillas de la muchacha. Continuó:

—Supongamos que Boyer se casara contigo. En California, los bienes de la mujer pertenecen por igual al marido. Boyer no se conformaría con soportar nuestra competencia. El...

—¡Basta! —exclamó Mary con acento indignado—. No voy a casarme con Boyer. Nunca me casaré con él, puesto que no le amo.

Se miraron a los ojos. Mary apartó los suyos avergonzada. Dan preguntó:

—¿Lo sabe él?

—¡Oh! —Mary le miró indignada—. No tienes derecho a hacerme esa clase de preguntas. Ni siquiera en nombre de nuestra vieja amistad.

—¡Nuestra vieja amistad! —repitió Daniel Haley con acento nostálgico—. ¿Recuerdas cuando éramos niños y papá me llevaba a jugar contigo en el parque de tu casa? ¿Quién habría de decir entonces que acabaríamos odiándonos como enemigos?

Nuevamente permanecieron callados.

—Dan, yo no te odio —dijo Mary en voz baja.

—Crees que mi padre mató al tuyo, ¿no es cierto?

Ella evitó mirarle de frente.

—En realidad, no sé qué pensar —murmuró—. Apenas me es posible imaginar a Haley golpeando a papá con aquella lámpara..., golpeándole una y otra vez hasta dejarle muerto en un charco de sangre. Sin embargo, la policía...

—La policía comete errores como todo el mundo. En realidad, para ellos es muy cómodo acusar a mi padre. Las pruebas le condenan, y por otra parte, acusando al viejo, se ahorran el trabajo de tener que buscar a otro culpable. Sin embargo, tiene que haber un culpable...

Ella levantó los hombros. Dan continuó:

—Respóndeme a esto: ¿Sabes si tu padre fue amenazado por un tal Lapman? Es un hampón, uno de esos tipos que ofrecen su protección a los comercios, obligando a la gente honrada a pagar un tributo so pena de ver perjudicado su negocio. Nosotros recibimos la visita de Lapman la misma tarde que tu padre fue asesinado...

—No sé. No conozco a ese hombre. Nunca le he visto ni tampoco he oído hablar de él.

—Se me había ocurrido que, puesto que vino a ver a papá con la pretensión de sacarle dinero a cambio de su «protección», pudo ir a

tu padre ese mismo día con el mismo cuento.

Mary seguía moviendo la cabeza negativamente.

Dan prosiguió:

—Por lo que supimos aquella tarde, Lapman había estado antes a visitar a mi padre en casa. Papá nada nos había dicho de ese primer contacto con la cuadrilla de Lapman... ¿Es posible que el mismo individuo fuera a ver esa noche a tu padre, y que al negarse éste a acceder a sus pretensiones, furioso Lapman como estaba por su fracaso anterior con nosotros, le golpeará o le hiciera golpear por sus secuaces hasta matarle?

—No lo sé, Dan. No puedo decirte, aunque nada me animaría tanto como saber que había sido otro el que mató a mi padre. Ojalá pudiera ayudaros a demostrar la inocencia de tu padre, pero papá nada me consultaba de sus negocios. Tal vez Boyer...

—Muy bien —respondió Daniel—. Entonces, ¿querrás preguntarle a Boyer?

—Sí, se lo preguntaré.

—A propósito de Boyer —dijo Dan—. La última vez que salisteis juntos..., la noche que mataron a tu padre, ¿estuviste con él todo el tiempo? ¿No te dejó un minuto desde que fue a recogerte a las siete, hasta que te acompañó a tu casa a las once?

Mary le miró frunciendo el entrecejo.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Simplemente lo pregunto. ¿Estuvo Boyer todo ese tiempo contigo, sin separarse de tu lado un solo instante?

—Estuvimos juntos todo el tiempo, por supuesto. Fuimos a comer y luego a ver una revista musical. ¿Cómo puede ocurrirsete siquiera que Boyer tuviera nada que ver con la muerte de mi padre? ¿Es eso lo que estás pensando?

—Mary, en mi estado de ansiedad por encontrar un culpable, tengo que sospechar de todo el mundo. Boyer nunca me fue simpático. Además, es ambicioso y astuto, intrigante y tenaz a su manera... Si ha soñado alguna vez casarse contigo y convertirse en dueño de vuestro negocio, si tú le hablaste del acuerdo que pronto establecerían tu padre y el mío, si esa reconciliación entre las dos Compañías iba a perjudicar a Boyer y si decidió que la única manera de evitarlo consistía en quitar a Lewis de en medio...

—No sigas por ahí, Dan. Boyer no pudo matar a mi padre. Es...

es sencillamente monstruoso pensar en semejante cosa.

Daniel no insistió. La camarera volvía con los platos que él había pedido, y después que se alejó de nuevo comieron en silencio durante un rato.

—¿Cuándo son los funerales por tu padre? —preguntó Dan.

Mary consultó su pequeño reloj de pulsera.

—Dentro de tres horas. A las cuatro.

Después de un nuevo silencio, Dan murmuró:

—Era un gran hombre y una excelente persona. Lo siento mucho, Mary.

Ella nada dijo, pero unas lágrimas asomaron a sus ojos. Dan se levantó, pagó la cuenta de ambos y tomó su abrigo y su sombrero saliendo a la calle.

Utilizando el taxi que había dejado aparcado cerca, cruzó la bahía hasta Oakland para ver a su madre en el hotel a donde Peter la había conducido el día anterior. El automóvil de la familia estaba en la calle.

Dan subió a la habitación de su madre, a la que encontró en compañía de Peter. Dan dio cuenta a su hermano de las pesquisas del detective Gaugot, así como de su entrevista de aquella mañana con el teniente Covert. A las tres de la tarde, Dan acompañó a su hermano y a la señora Haley hasta el Cuartel de la Policía, donde el viejo Haley seguía detenido.

Esta vez, Dan consiguió que le permitieran entrar a ver a su padre, al cual encontró bien instalado, aunque muy abatido.

—¡Es absurdo acusarme a mí de haber matado a mi mejor amigo! —protestó Haley indignado—. Peter, tú eres un buen abogado. Supongo que lo eres. Tienes que hacer, pues, que resplandezca mi inocencia.

—No cesamos de trabajar en el asunto, papá —dijo Daniel.

El guarda anunció haber transcurrido los minutos reglamentarios para los visitantes. Los Haley abandonaron la prisión. Al ser llevada hasta el auto, la señora Haley se negó rotundamente a volver al hotel.

—Pero es que los periodistas no te dejarán en paz, mamá. Tanta publicidad sólo puede perjudicarnos —dijo Peter.

—No me importa que vengan los periodistas —protestó la señora Haley—. Por el contrario, deseo hablar con ellos, que me

entrevisten y me hagan preguntas... Tengo que contarles cómo se apreciaban Haley y Lewis. Cómo fueron amigos de la infancia, cómo jugaron juntos, cómo se apoyaron mutuamente tanto en la adversidad como en la fortuna... y hacer comprender a todo el mundo que vuestro padre jamás pudo matar al mejor de sus amigos.

Peter puso cara contrita, pero bajo la mirada de Daniel no se atrevió a protestar. Hizo un gesto de resignación e indicó a Daniel.

—Acompáñala a casa. Yo iré a recoger sus cosas al hotel.

La señora Haley ocupó encantada el asiento posterior del taxi.

Cuando avanzaban por California Street, poco antes de llegar a la calle Scott, se vieron detenidos por un embotellamiento del tráfico que los semáforos, al parecer, no podían resolver por sí solos.

Mientras esperaban a que quedase libre el paso, Dan vio marchando por la acera a uno de sus conductores en ropa de trabajo. Le llamó:

—¡Carlest!

El hombre volvió la cabeza, vio a Dan y se acercó al auto.

—¿Dónde está tu coche? —preguntó Dan.

—Allí abajo, en la parada —señaló el conductor.

—Estás de servicio, ¿no es cierto? ¿Qué haces aquí?

—Fui a ver qué le ocurría a Mac Need. Es él quien ha sufrido el accidente.

—¿Mac Need ha tenido un accidente? —saltó Dan, alarmado.

—Bueno, él, exactamente, no. Lo tuvo su coche. Mac llevó a una mujer de bastante —edad hasta mitad de la calle Scott. Bajó para ayudar a la señora y luego llevó las maletas hasta el piso de la mujer. Al salir poco después a la calle, el auto ya no estaba donde Mac lo dejó, sino que iba reculando cuesta abajo sin nadie que lo guiara. Mac echó a correr detrás de su auto, pero ya no le pudo alcanzar. En el cruce de California Street, o sea aquí mismo, el taxi de Mac se abalanzó contra otro auto que cruzaba...

—¡Dios sea loado! ¿Cómo pudo cometer un descuido así un hombre de la experiencia de Mac Need? —exclamó Dan.

—Mac asegura que dejó el auto debidamente estacionado, con las ruedas directrices contra el bordillo de la acera y el freno de mano echado.

—Bueno, pues el auto no pudo marcharse sólo sin un motivo.

Carlest puso gesto contrito.

—Hay una posibilidad, patrón. Que alguien, malintencionadamente, enderezara la dirección y soltara el freno mientras Mac Need estaba dentro de la casa.

—¿Dónde está Mac ahora?

—Allí, discutiendo con los agentes de tráfico.

—¿Cuántas veces se os ha dicho que no discutáis nunca con los agentes del tráfico? —gritó Dan furioso. Empujó la portezuela y saltó al asfalto—. ¿Tu auto está aquí cerca en la parada? Está bien, lleva a la señora y regresa después a la base. Yo tomaré tu auto. ¿Cuál es tu número?

—El ciento doce.

Dan echó a andar rápidamente por la acera. En el cruce de la calle Scott con California Street, la gente se apelotonaba en las aceras presenciando el trabajo de una grúa que acababa de llegar al lugar del accidente. El taxi había embestido de costado al otro auto y casi estaba incrustado dentro de éste. También se veía un auto de la policía, y una ambulancia se acercaba en aquel momento haciendo sonar desaforadamente la sirena.

Mientras tanto los agentes de tráfico se esforzaban por encauzar el torrente de autos que esperaban formando interminable cordón, Dan se abrió paso hasta el lugar donde un agente tomaba declaración a Mac Need.

—¿Qué ha ocurrido, Mac? —preguntó Dan.

El conductor acogió con alivio la presencia de uno de los amos.

—No ha sido culpa mía, patrón. Alguien quitó el freno al auto mientras yo ayudaba a aquella mujer con sus maletas.

—¿Es usted uno de los jefes de la Compañía? —preguntó el agente—. Deme su nombre. Dejaré a su empleado en libertad con la condición de que aparezca a declarar mañana a primera hora ante el jefe de policía de tráfico de su distrito. Hay dos personas heridas en ese auto, una de ellas de bastante gravedad. Si lo ocurrido no fue obra de un descuido, les aconsejo que busquen testigos en apoyo de su declaración de que el accidente fue provocado intencionadamente por terceras personas.

Daniel dio su nombre al agente, expresó sus gracias y arrastró a Mac Need consigo llevándole de allí.

Hasta que llegaron a la zona de aparcamiento de taxis de la

«Haley Cab» y estuvieron sobre el auto de Carlest, Dan no hizo preguntas. Luego, mientras esperaban a que se restableciera la circulación, Dan interrogó a Mac Need hasta asegurarse de que el hombre no incurría en ninguna contradicción, pareciendo que realmente estaba seguro de haber tomado todas las precauciones para impedir que el taxi pudiera marcharse cuesta abajo provocando algún accidente.

Cuando finalmente se restableció el tráfico entre California Street y la calle Scott, Dan ordenó a Mac Need que le llevara al lugar desde el cual el taxi se había movido retrocediendo cuesta abajo hasta chocar con otro auto en el cruce de California Street.

Era la hora del cierre de las tiendas y estaba anocheciendo.

Un hombrecillo de raído sobretodo echaba el cierre metálico de un pequeño negocio de compostura de relojes. Al ver llegar a Mac Need en compañía de Daniel, el hombre salió a su encuentro.

—Usted era el conductor del taxi que marchó sólo cuesta abajo, ¿no es cierto? —dijo el relojero—. Yo vi al hombre que se apeó del auto. En seguida que el hombre se bajó de él, el coche empezó a moverse. Yo le grité: «¡Amigo, su coche se desliza cuesta abajo!», pero no me escuchó y echó a andar Con rapidez alejándose. Sólo cuando usted salió y empezó a correr detrás del auto, comprendí que el otro no era el conductor, sino usted.

—¿Cómo era el hombre? ¿Podría usted reconocerle si le viera otra vez? —preguntó Dan.

—Sí, estoy seguro. Vestía como un conductor de taxi, llevaba gorra azul y chaqueta de cuero.

Daniel apuntó el nombre y el domicilio del testigo y volvió donde estaba el auto seguido de Mac Need.

—Esto es cosa de Lewis —dijo Mac Need sombríamente—. El truco es viejo, pero ya hace muchos años que no se ha utilizado en esta ciudad.

Mac Need aludía discretamente a los viejos tiempos en que Haley y Lewis pusieron en práctica sus métodos aprendidos en Chicago para aplastar a la competencia y quedar dueños absolutos del negocio de los taxis.

Daniel se preguntó si una mujer deliciosamente femenina como Mary Lewis sería capaz de ordenar la ejecución de un plan de ataque digno de, un curtido *gángster* de la vieja escuela. Luego se

dijo que probablemente el sabotaje era obra de Lapman.

Durante el viaje de regreso a la base de los taxis, Daniel reflexionó sobre el tema, llegando a la conclusión de que era por momentos más urgente ir en busca de Lapman y aclarar con éste ciertos términos.

En la oficina, la señorita Frye se ponía el abrigo y los guantes disponiéndose a salir.

—¿Ha venido por aquí un tal Gaugot?

—No, señor Haley.

—¿Ni ha llamado por teléfono?

—No.

El timbre del teléfono sonó.

—Deje, yo mismo contestaré —dijo Dan adelantándose a la señorita Frye—. Seguramente es él.

La voz que escuchó a través del auricular le resultaba familiar, pero no era de Gaugot.

—¿Hola, Haley? Soy el teniente Covert.

—Hola, teniente. ¿Hay alguna novedad?

—Usted debería saber eso mejor que yo.

—¿Cómo?

—En este momento hay en camino un auto de la policía para traerle a usted a mi presencia. Se lo advierto por si pensaba marcharse a alguna parte.

—No era esa mi intención. ¿Traen sus hombres alguna orden de arresto?

—Sólo quiero tener una entrevista amistosa con usted..., acerca de ese taxi de la «Compañía Lewis» que hace escasamente media hora voló en pedazos bajo una carga de dinamita.

—¿Cómo dice?

—Si es usted un farsante lo hace muy bien, Haley. Su acento suena a sinceridad a través del teléfono. Pero eso no es bastante. Permita que mis hombres le traigan aquí, y vaya inventando una coartada por el camino.

—¿Qué ha ocurrido? ¿No puede anticiparme algo más por teléfono?

—En efecto, lo voy a hacer. Los dos hombres que ocupaban el automóvil fallecieron. Uno se llamaba Philip Young. El otro era Guy Lane. El crimen es un delito grave, lo mismo si uno lo ejecuta por sí

mismo, como si lo hace a través de un tercero.

El teniente colgó el teléfono antes que el sorprendido Haley pudiera contestar.

Apenas había depositado Daniel el teléfono sobre su soporte, cuando se abrió la puerta de la oficina y entró el sargento Waldo acompañado de un detective.

—¿Me permite que de un recado por teléfono? —preguntó Daniel.

—Ya lo hará más tarde desde el despacho del teniente —contestó el sargento.

Dan dijo a la señorita Frye, que todavía no se había marchado:

—Busque a mi hermano y dígame que he sido secuestrado por la policía.

El sargento Waldo dio un bufido. Luego hizo una seña imperiosa a Daniel para que le siguiera. Pocos minutos después, Daniel Haley comparecía ante el teniente Covert.

—Perfectamente, Haley. Siéntese y cuéntenos dónde estuvo esta tarde entre las cuatro, y media y las cinco y media aproximadamente.

—¿Es tan importante?

—Sólo pura fórmula. Le supongo bastante inteligente para no haber tomado parte personal en ese atentado.

—Cuénteme cómo ocurrió.

—Fue a la salida del cementerio, después del entierro de míster Robert Lewis. Lane y Young habían asistido al acto junto con otros conductores y empleados de la Compañía. Después de la ceremonia, Lane y su amigo regresaron al auto que habían dejado en la calle. Sólo podemos hacer conjeturas acerca de lo ocurrido una vez Lane y Young estuvieron sobre el automóvil. Probablemente había una carga de dinamita u explosivo muy potente conectado al circuito eléctrico del automóvil... ¿Tal vez trinitrotolueno, Haley?

—No lo sé —contestó Dan. Y sonrió de la inocente astucia del teniente para inducirle a caer en una trampa.

Covert continuó como si no se hubiera dado por enterado:

—Cuando Lane dio vuelta a la llave del contacto, estalló la bomba que hizo pedazos al auto y a sus dos ocupantes; Guy Lane y Philip Young. Los dos quedaron muertos instantáneamente.

Daniel continuó fumando tranquilamente, una pierna sobre otra,

viendo cómo se desvanecían en el aire las espirales de humo de su cigarrillo.

—¿Y bien? —preguntó el teniente.

—¿Bien? —contestó Daniel.

—¿Qué tiene que decir de todo esto?

—Nada. ¿O tal vez espera que me confiese autor de ese crimen?

—La verdad es que no lo espero. Pero le advierto que mis hombres están investigando los movimientos de ciertos empleados suyos durante esta tarde.

—Es muy dueño de hacerlo. No obstante, si me permite expresar mi opinión, pierde usted lamentablemente su tiempo buscando al autor o los autores de ese atentado entre mis muchachos.

—Dígame entonces dónde debo de buscar.

—De nuevo le sugiero que interrogue a Lapman. Y de paso pruebe también en John Boyer, el administrador de Lewis.

—No querrá usted que Boyer haya ordenado poner una bomba en uno de sus propios coches para matar a un par de sus propios hombres.

—Yo no digo. Simplemente le sugiero una idea.

—¡Ya basta, Haley! —rugió Covert pegando un puñetazo sobre la mesa—. Abandone ese aire de cínica suficiencia, o yo se la borraré de la cara de un puñetazo. Esa competencia entre ustedes y Lewis me está creando demasiadas dificultades. Por lo tanto, vuelvo a repetir lo que le dije la primera vez. Esto no es Chicago, ni vamos a permitir que dos pandillas de *gánster* siembren el terror en la ciudad librando sus batallas en plena calle. No le voy a detener, ya que carezco de pruebas contra usted. Así que siga riéndose, Haley. Ya veremos quién ríe el último. Y ahora, dígame dónde estuvo entre las cuatro y media y las cinco y media de esta tarde.

—Un poco antes de esa hora estuve con mi madre y mi hermano en este mismo edificio, visitando a mi padre. Cuando acompañaba a mi madre a casa, en el cruce de la calle Scott con California Street, nos encontramos con el tráfico interrumpido. Uno de nuestros taxis, a motor parado y sin conductor, se había deslizado cuesta abajo por la calle Scott precipitándose contra un auto ocupado por dos personas que cruzaba California Street. Fui a ver qué ocurría, y luego me entretuve casi una hora buscando testigos de lo ocurrido. Al parecer, un desconocido se acercó a nuestro taxi y enderezó la

dirección, soltando al mismo tiempo el freno para que el auto se deslizara calle abajo. Un relojero de esa calle vio al hombre que manipuló en nuestro taxi y está dispuesto a servir de testigo.

—¿Dónde se encontraba el conductor del taxi en aquel momento?

—Había entrado en una casa para ayudar a una señora a llevar sus maletas. Cuando nuestro empleado salió afuera, el auto iba ya calle abajo. No pudo alcanzarlo.

El teniente Covert contempló ceñudamente al joven Haley.

—Ojo por ojo, diente por diente —murmuró—. ¿Quién descargará el próximo golpe contra su adversario? ¿Lo harán ustedes, en respuesta a lo que hicieron con ese taxi esta tarde? ¿Será Lewis, por el asesinato de Lane y Young? O tal vez, como esta tarde, ya no esperen ustedes a recibir un golpe para asestar otro en respuesta. Muy bien, Haley, destrócese ustedes mutuamente. Al final, el que quede de los dos irá a parar a la silla eléctrica. Esto era todo cuanto tenía que decirle. Ahora ya puede marcharse usted.

Dan recogió su sombrero y se dirigió hacia la puerta. Antes de llegar se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Por qué no quiere creerme? —dijo—. Nada tuve que ver con la explosión de esa bomba.

Covert no contestó. Dan levantó los hombros y salió.

En el mismo momento que Daniel salía a la calle, su hermano detenía el auto ante la puerta del cuartel de la policía.

—Hola —dijo Daniel—. Llegas a tiempo para llevarme.

—¿Qué ha ocurrido? Tu recado nos alarmó mucho. Llegamos a pensar que te habrían arrestado.

—No. El teniente Covert no halló pruebas suficientes para detenerme. Vamos, quiero hacer una visita.

Peter puso el auto en marcha.

—¿Por qué causa quiso detenerte la policía? —preguntó.

—Alguien colocó una bomba en uno de los taxis propiedad de la «Compañía Lewis». Las víctimas fueron Guy Lane y un amigo suyo llamado Young. Lane había ido en un taxi hasta el cementerio formando parte de la comitiva que acompañó al cadáver de Lewis. El auto quedó en la calle todo el tiempo que Lane tardó en salir. Al tomar de nuevo el auto y poner la llave en la cerradura de ignición, se produjo el estallido que destrozó al automóvil y a los que estaban

dentro de él.

—¡Válgame Dios! —exclamó Peter aterrado—. Tú no colocaste esa bomba, ¿verdad?

—No.

Peter guardó largo silencio, preguntando después:

—¿Quién pudo hacerlo? ¿Lapman tal vez?

—Tal vez, sí —repuso Dan evasivamente—. Tira por Market Street.

—¿Para quién es la visita que vamos a hacer?

—Para el detective Gaugot. Es extraño que no hayamos tenido noticias tuyas en todo el día.

Poco después, el auto se detenía ante un vetusto edificio, el cual por su aspecto no debía contar con unos inquilinos de situación muy próspera.

—Espérame aquí, no vaya a ser que al volver nos encontremos con la sorpresa de que alguien nos ha puesto también una bomba bajo el capó —dijo Daniel saltando a la acera.

El patio era húmedo y oscuro. Dan subió por una escalera pobremente iluminada hasta el segundo piso, donde Gaugot tenía establecida su oficina. Un delgado rayo de luz salía por debajo de la puerta.

A la presión del dedo de Daniel sobre el botón de nácar, resonó dentro del apartamento un timbre eléctrico. Dan esperó un rato y volvió a llamar. Luego, en vista de que nadie contestaba, puso su enguantada mano sobre el pomo del picaporte y lo hizo girar.

Al empujar suavemente hacia dentro, la puerta se abrió dejando escapar un rayo de luz hasta la mal alumbrada escalera.

Al abrir completamente y echar una mirada dentro, Daniel vio el cuerpo que estaba tendido de bruces sobre la alfombra, junto a la mesa escritorio de oscura caoba y manufactura antigua.

—¡Gaugot! —llamó.

Entró rápidamente en la habitación y fue a inclinarse sobre el hombre. Éste tenía la cara vuelta a un lado y conservaba puesto el sobretodo. En la mano empuñaba un teléfono, pero el hilo del mismo había sido brutalmente arrancado de la caja de registro fija a la pared.

La temperatura era muy baja en la húmeda y oscura oficina y el cuerpo que Daniel tocó estaba frío y rígido, con una rigidez que

hacía pensar que Gaugot llevaba varias horas muerto. Junto a la extendida y abierta mano del cadáver, como si hubiera escapado de ésta con la última crispación de la muerte, Daniel vio una pequeña agenda abierta boca abajo. La cogió, cuidando de sujetarla por las páginas abiertas.

Casi lo primero que vio fue su propio nombre y la dirección y número de teléfono de las oficinas de la «Compañía Haley». Dan arrancó la página en la cual aparecía escrito su nombre, se puso en pie y abandonó rápidamente la oficina, teniendo cuidado de cerrar la puerta tras sí.

Como a la llegada, tampoco encontró a nadie en la escalera.

Peter fumaba un cigarrillo en el automóvil.

—¿Encontraste a Gaugot?

—Sí. Vamos a casa.

Peter aplastó el cigarrillo en el cenicero, empuñó el volante y puso el auto en marcha.

—No tardaste apenas en bajar. ¿Es que no encontraste a Gaugot?

—Sí, él estaba en su oficina —repuso Dan sombríamente.

—¿Qué ha dicho?

—No pronunció una palabra. Estaba muerto.

Bajo las nerviosas manos de Peter Haley, el automóvil hizo un brusco zigzag y volvió a recobrar la línea recta.

—¡Muerto!

—Asesinado —añadió Daniel—. Alguien le cerró la boca cuando se disponía a efectuar una llamada telefónica. Probablemente lleva varias horas muerto, tal vez desde el mediodía.

—¿Avisaste a la policía?

—Habían arrancado la línea del teléfono.

—Esto podría traerte nuevas complicaciones con el teniente Covert —apuntó Peter después de un silencio.

—No he dejado huellas ni me ha visto nadie.

—Pues yo creo que de todos modos...

—Te permitiré que des aviso tú mismo desde casa, si estás dispuesto a pasar una mala noche bajo un foco de luz contestando a las mil preguntas de una docena de impertinentes detectives.

Peter meditó unos minutos.

—¿Quién crees que pudo hacerlo?

—No lo sé. Todo sería sencillo si pudiera demostrar lo que

sospecho, pero tal como están las cosas no creo que merezca la pena ir a la policía con la historia de un presentimiento.

—¿Entonces sospechas de alguien?

—Sí. Pero vamos a casa. Desde allí llamaremos a la policía denunciando el asesinato de Gaugot.

## CAPÍTULO VII

Era todavía bastante temprano cuando Daniel Haley detuvo su auto ante el número 1202 de Portola Drive. A través de los barrotes de la verja, al fondo, entre los árboles, brillaban las luces de la casa.

Como el día anterior, la puerta de la verja estaba cerrada con una cadena y asegurada con un candado. Dan se preguntó qué probabilidades tenía de ser admitido en la casa si llamaba al timbre. La respuesta que se dio a sí mismo le animó a prescindir de formalidad e introducirse en la mansión sin previo aviso.

En efecto, alejándose de la puerta principal, Daniel se arrolló el sobretodo a la cintura, se encaramó a la verja y la escaló dejándose caer al otro lado.

Ya en el parque, Dan se dirigió hacia la casa cuyas luces veía brillar entre los árboles.

No había luz en la puerta principal, aunque sí en la ventana correspondiente al que había sido despacho de Robert Lewis. Daniel se acercó a la puerta y llamó al timbre. Esperaba que la propia Mary acudiría a abrirle, ya que sabía que la única sirvienta de la casa no dormía en ella. Pero no fue Mary la que abrió, sino Harold Andrew, un ex convicto con un historial tan turbio como el de muchos otros antiguos delincuentes en las filas de Lewis y Haley.

—Hola —saludó Daniel.

Pero de nada le sirvió su actitud amistosa. Andrew intentó cerrar ante las narices de Daniel a lo cual éste se opuso dando un fuerte empujón a la puerta.

El empujón pilló desprevenido a Andrew y le obligó a retroceder tambaleándose. Dan se coló en el vestíbulo.

—¡Maldito mequetrefe, fuera de aquí! —rugió Andrew avanzando resueltamente contra Dan. Su puño salió disparado hacia

la nariz del joven.

Dan esquivó el golpe y lanzó su puño contra la barbilla del celoso guardián. Andrew, que era un hombre corpulento, salió andando hacia atrás a través del vestíbulo hasta chocar violentamente contra una artística consola. El jarrón que descansaba sobre la consola se tambaleó y cayó al suelo haciéndose añicos.

Rugiendo como un oso, Harold Andrew se dio impulso para cruzar de nuevo el *hall* en dirección al intruso. Daniel se apartó pegando un brinco. Cuando Andrew pasaba por su lado, Dan le asestó un golpe con el canto de la mano entre los hombros y la nuca.

Andrew cayó de bruces lanzando un alarido de dolor.

—¡Daniel!

Dan se volvió. Mary Lewis estaba en la puerta de la biblioteca mirándole con asombro y enojo. Vestía un largo batín que le llegaba hasta los pies. La prenda resultaba adecuada al ambiente, pues la casa de los Lewis gozaba fama de ser terriblemente fría.

—Hola, Mary. Lo siento. Siento haber tenido que entrar así, pero parece que no hay otro medio de conseguir que recibas a los amigos.

—¡Tú no eres mi amigo!

—¡Oh, no! No empecemos de nuevo por ahí. Soy tu amigo, un buen amigo, tú lo sabes.

Mary quedó mirándole con una luz de enojo brillándole en las pupilas. Harold Andrew se incorporaba en este momento mascullando una maldición.

—¡Basta, Andrew! —dijo Mary enérgicamente—. Ya que no pudiste impedir que entrara, deja que diga lo que tenga que decir.

Mary miró a Dan con expresión de censura.

—Tuve que saltar la verja —declaró él.

—¿Siempre te introduces así en la casa de tus amigos? Está bien —hizo un mohín de disgusto—. Ven al despacho.

Daniel la siguió a través de la fría biblioteca hasta el despacho. La temperatura en este último era agradable, gracias al fuego que ardía en la chimenea. Mary cerró la puerta, cruzó la habitación hasta el hogar y empuñó un atizador inclinándose hacia el fuego. Con el atizador en la mano se volvió y miró a Daniel.

—Me alegro que hayas venido —dijo—. Creo que ha llegado la hora de que hablemos claramente tú y yo. Esta tarde, dos de mis hombres volaron en pedazos al estallar una bomba en su automóvil.

—Eso ocurrió a las cinco —contestó Daniel—. Aproximadamente a la misma hora, alguien quitó el freno a uno de mis taxis en la calle Scott. El conductor había entrado en una casa. Al salir poco después vio su auto deslizándose cuesta abajo hasta que en el cruce de California Street se estrelló contra un auto. ¿Quieres saber si fui yo quien ordenó poner esa bomba en uno de tus autos? De acuerdo. Te contestaré si tú contestas a lo que yo te pregunto. ¿Fuiste tú quien envió a un hombre a sabotear uno de mis taxis?

—Por supuesto que no —replicó Mary, indignada.

—Por supuesto que tampoco yo ordené poner aquella bomba en uno de tus autos —contestó Daniel.

Se contemplaron con ojos desafiantes. Ella fue la primera en ceder.

—Dan, ¿qué es lo que está ocurriendo? Parece como si uno de los dos mintiera, o como si mintiéramos los dos.

—No, Mary, no es eso. Lo que ocurre es que alguien nos está haciendo víctimas de un plan sabiamente ideado para arrojarnos a los unos contra los otros. Y nosotros hemos sido tan tontos que le hemos estado siguiendo el juego.

—De nuevo estás pensando en Boyer, ¿no es cierto? —murmuró la muchacha. Y abandonando el atizador fue a dejarse caer cansinamente en un sillón cerca del fuego—. Comprendo perfectamente que no puedas sentir simpatías por él. ¿Pero por qué ese ensañamiento?

—No es pura cuestión de antipatía, Mary. Aunque admito que detesto a ese sujeto. Boyer mató a tu padre. No fue el ejecutor material del crimen, pero ordenó a Guy Lane que lo hiciera, y Lane lo ejecutó.

Mary volvió su pálido rostro para mirarle larga y pensativamente.

—¿Puedes probar lo que dices? —preguntó.

—Las pruebas que poseo no son de la clase que convencerían a un jurado, pero evidencian que Boyer...

Unos golpecitos discretos sonaron en la puerta. Dan se interrumpió y volvió la cabeza.

El picaporte giró, la puerta se abrió unas pulgadas y John Boyer metió la cabeza por la abertura.

—¿Puedo pasar?

—Entre, John —dijo. Mary poniéndose en pie—. Precisamente estábamos hablando de usted.

Boyer entró cerrando tras sí. Vestía abrigo y sombrero negro y traía este último en la mano. Su cabeza estaba cuidadosamente peinada, de forma que disimulaba en parte la calva que se iniciaba en las sienes.

—Buenas noches —dijo Boyer. Y añadió mirando a Daniel—. Espero no ser inoportuno.

—Todo lo contrario —repuso Dan—. Tal vez pueda sernos de gran ayuda su presencia.

—¿Se trata de algo en particular?

—Yo diría que es algo particularmente importante. Al menos lo es para mí, ya que estoy tratando de demostrar la inocencia de mi padre. No fue Haley quien asesinó a míster Lewis, sino...

—Guy Lane —dijo Boyer interrumpiéndole—. Siempre lo había sospechado, pero hasta hoy no tuve la evidencia.

Dan miró a Boyer con sorpresa y se puso en guardia frente a este cambio repentino de la actitud de aquel astuto individuo.

—¡Hola! —dijo entre dientes—. ¿De modo que piensa eso?

—Creo que podemos concretar los hechos de la siguiente forma —siguió diciendo Boyer con desparpajo—. Lapman, que ya en días anteriores vino a proponernos un «arreglo», por el cual la «Compañía Lewis» le pagaría una «cuota» a cambio de su protección, intentó llegar a un acuerdo directo con míster Lewis. Hasta entonces, en las dos visitas anteriores que hizo a nuestras oficinas, yo recibí a Lapman y traté de dar largas al asunto con la excusa de que míster Lewis estaba pensando una respuesta. De alguna forma, Lapman se puso en contacto con Guy Lane. La noche que la señorita Lewis y yo salimos, fue la escogida para que Lapman viniera a ver al patrón. Por supuesto, míster Lewis ignoraba que fuera a recibir esa visita. Lane, que había sacado los boletos para el teatro para la señorita Mary y para mí, sabía que míster Lewis estaría solo en la casa después de las siete hasta nuestro regreso del teatro. Lane debió facilitar la entrada a Lapman. Es de suponer que el señor Lewis se pondría furioso al ver inesperadamente a Lapman

entrando en su despacho. Probablemente, ni siquiera quiso escucharle. Le rechazaría indignado, y entonces Lapman, o Lane o ambos le golpearían dejándole por muerto.

Boyer se interrumpió para mirar a Mary y luego a Daniel, continuando después:

—Luego de esto, Guy Lane tuvo que buscarse una coartada, ya que no podía declarar contra Lapman ni contra sí mismo. Tomó su auto, abandonó la casa y fue a reunirse con sus amigos, diciendo después que míster Lewis le había concedido permiso para salir aquella noche. Pero no era verdad. Salió después de matar a míster Lewis y no regresó hasta después de las once. Eso fue lo que ocurrió respecto al crimen. En cuanto a Lane, la historia tuvo su desenlace esta tarde, cuando los hombres de Lapman pusieron una bomba en el auto de Lane y le hicieron volar en pedazos. Lapman, evidentemente, no quiso arriesgarse compartiendo su secreto con un cómplice tan poco digno de confianza. ¿No está usted de acuerdo conmigo, Haley?

Daniel se tomó algún tiempo para contestar:

—No, Boyer. En algunos puntos, su versión del crimen coincide con mi propia idea de los hechos, pero diferimos en el resto de los detalles. Lane, en efecto, fue el ejecutor material del crimen, pero Lapman no tuvo parte alguna en éste.

—¡Ah! ¿Piensa usted acaso en alguna otra persona?

—Sí, en usted.

—¡Señor Haley!

El acento de Boyer era de sincero asombro, pero Daniel no se dejó engañar.

—Sí, Boyer, pienso en usted —prosiguió—. Siempre le tuve por sospechoso, y ahora estoy seguro de no haberme equivocado.

—Pues aun así se equivoca lamentablemente, Haley. Es..., bueno, es sencillamente absurdo pensar que yo...

—Boyer se interrumpió echándose a reír. Luego continuó. —No, señor Haley. Yo no maté a míster Lewis. Si esto le disgusta, le comprendo y le disculpo. Usted busca un culpable. Lo necesita a toda costa para sentarlo en el banquillo de los acusados en lugar de su padre de usted. Eso está bien. Su padre es inocente y no debe en justicia ser juzgado por un crimen que no ha cometido. ¿Mas por qué me escogió a mí para sustituirle a él? ¿Tal vez porque usted me

detesta y no ve posibilidad de llevar a otro presunto culpable a la silla eléctrica?

—No, no es por eso, sino porque usted realmente mató a Lewis —estalló Daniel indignado.

—¡Dan! —exclamó Mary Lewis—. Por favor, reflexiona. El señor Boyer no pudo matar a mi padre. Aparte de que carecía de motivos, él estuvo conmigo desde las siete de la tarde a las once de la noche.

—No, él no le mató. Por lo menos, no fue su mano la que asestó el golpe homicida. Pero eso no importa. La mano de Guy Lane, al descargar el golpe que mataría a tu padre, estaba guiada por la idea de Boyer de evitar que tu padre y mi padre se reconciliaran en aquella entrevista que iban a tener esa misma noche. Puedo decirte minuto por minuto cómo pasó todo.

—¡Basta, Dan! —gritó Mary con energía—. Eres injusto acusando a Boyer, solamente porque ha muerto Lane y tienes que encontrar otra víctima a quien sentar en el banquillo de los acusados en lugar de tu padre.

—¿Crees que le acuso por eso? —rugió Daniel.

—No tienes ninguna prueba, ni siquiera el más leve indicio con que demostrar que Boyer no fuera fiel a los intereses y el criterio de mi padre respecto al negocio. Boyer ignoraba que Lewis y Haley fueran a reunirse para tratar de unir de nuevo sus Compañías. Pero aunque lo hubiera sabido, ¿iba a asesinar a mi padre, sólo para impedir que se reconciliara con vosotros?

—Sí, porque con esa reconciliación se iban al suelo los planes que él tan laboriosamente había trazado. ¿O no te has dado cuenta todavía que aspira a casarse contigo con el solo fin de convertirse en dueño de la «Compañía Lewis»? ¡Claro que tenía que matar a tu padre! Porque el viejo ya le había tomado la medida y sabía qué clase de tipo era el hombre que tenía por administrador y consejero...

John Boyer reaccionó violentamente arrojándose sobre Daniel.

—¡Mientes, embustero! ¡Mientes! —chilló agudamente mientras le golpeaba con ambos puños en el rostro.

El ataque repentino del administrador pilló desprevenido a Dan y le obligó a retroceder contra la mesa. Boyer le alcanzó en la nariz. El agudo dolor que sintió enfureció a Daniel, quien disparando su puño logró alcanzar a Boyer en mitad del rostro.

Boyer retrocedió tambaleándose y Daniel le siguió asestándole un directo entre los ojos que le derribó como un pelele en el suelo.

La puerta del despacho se abrió en este instante y Harold Andrew se precipitó en la habitación esgrimiendo una corta porra. Andrew era un tipo duro y golpeó a Daniel fuertemente con la porra en el cráneo. Dan retrocedió bajo el ataque del pistolero, pero todavía alcanzó a colocar su puño entre los brazos del hombre y acertarle en el rostro.

Otro de los guardaespaldas de Lewis entró en el despacho, se detuvo un instante para hacerse cargo de la situación y corrió hacia Daniel.

El joven giró en redondo para hacer frente al nuevo contrincante. Andrew se puso en pie, levantó su porra y atacó a Daniel por la espalda golpeándole en la nuca. Dan cayó de rodillas. El hombre que llegó en último lugar le golpeó en la frente con el puño. Andrew le asestó un porrazo en lo alto de la cabeza.

Daniel Haley cayó al suelo medio inconsciente. Poco después se sintió levantado y sujetado fuertemente por los dos guardaespaldas de Lewis.

—¡Échenle a la calle! —gritó Boyer lívido de rabia.

Dan fue sacado a empujones de la habitación bajo la asustada mirada de Mary Lewis.

—¡Volveré, Boyer! —gritó Daniel—. ¡No crea que la cosa termina aquí!

Le empujaron con rudeza, sacándole a través de la biblioteca y el frío *hall* hasta la calle.

—Está bien, no me zarandeen más —dijo Daniel.

Le escoltaron a través de la alameda hasta la verja. Dan se dirigió a su automóvil, que había quedado estacionado unos metros más abajo de la puerta de hierro.

Cuando alargaba la mano hacia la llave de ignición de su automóvil, Dan recordó a Guy Lane, muerto en dramáticas circunstancias aquella misma tarde. ¿Habría alguna bomba conectada también en su auto?

Dan apretó los dientes e hizo girar la llave. Nada ocurrió.

Mientras conducía el auto por Portola Drive y Roosevelt Avenue en dirección a la parte baja de la ciudad, Dan iba pensando en Mary Lewis.

Sintió rencor contra la muchacha, pues ella había confiado en Boyer en vez de confiar en él. ¿Haría el teniente Covert otro tanto, levantando los hombros cuando él expusiera su versión del crimen? ¿Estaba todo tan claro para los demás como él lo veía en su imaginación?

De todos modos, se dijo, tenía que denunciar a Boyer y correr con el riesgo de que la policía se burlara de él.

Minutos más tarde, Daniel detenía su coche en la zona de aparcamiento público, a unos metros de distancia de la zona reservada a los autos de la policía.

Otros dos autos estaban aparcados en la misma faja de asfalto.

Dan echó pie a tierra. Inmediatamente saltaron de los otros autos media docena de hombres. Alguien le llamó:

—Señor Haley.

Dan se detuvo. Dos hombres subieron a la acera, cortándole el paso por aquel lado. El resto le rodeó y el que había hablado se le acercó. Era Loren Lapman con su inseparable cigarro entre los dientes. El *gángster* tomó el cigarro entre sus ensortijados dedos y sonrió ladinamente.

—¿Lleva mucha prisa, señor Haley?

—Sí, llevo prisa —contestó Dan abruptamente.

—Venga a mi coche, charlaremos un rato.

—No.

El cerco se estrechó en torno a Daniel. Este pudo ver algunas pistolas y unas cuantas porras en las manos de los hombres que le rodeaban.

—Lapman, usted no se atreverá...

Repentinamente, uno de los hombres saltó hacia él esgrimiendo una porra. Dan le detuvo con un directo entre los ojos, pero el resto de la cuadrilla se arrojó sobre él y el cañón de una pistola le golpeó brutalmente en el cráneo.

Dan perdió el sentido.

Al volver en sí poco después, se encontraba viajando medio echado sobre el mullido asiento de un automóvil. Un hombre se sentaba a cada lado, y por encima del respaldo del asiento delantero, Dan pudo ver al hombre que empuñaba el volante. No tardó en darse cuenta de que aquél era su propio automóvil.

Dan se removió e intentó incorporarse. Una pistola le hizo sentir

su frío contacto detrás de la oreja izquierda. El hombre que fumaba un cigarro a su derecha era Loren Lapman.

—Está bien, señor Haley —dijo Lapman—. No quisieron ustedes entrar en tratos conmigo, y he aquí las consecuencias. El viejo será sentado en la silla eléctrica a pesar de todo, y usted no podrá impedirlo porque estará muerto. Su hermano, por lo que he oído decir, no tiene demasiado apego al negocio, de modo que pronto abandonará la lucha dejando el campo libre a la «Compañía Lewis». ¿Sabe? No han sido ustedes muy listos después de todo. Boyer les llevó por donde quiso, y al final él será quien cobre la pieza.

—¿Qué tiene usted que ver con Boyer?

Lapman, se echó a reír.

—Ni siquiera lo sospeché, ¿verdad? Boyer y yo somos socios. Fue él quien hace poco me llamó por teléfono desde la mansión de Lewis, avisándome que probablemente intentaría usted llegar hasta la estación de policía.

La luz se hizo de pronto para Daniel Haley.

—Dígame una cosa, Lapman. ¿Fueron ustedes quienes asaltaron nuestro garaje?

—¡Oh, sí!

—¿Y sus hombres de usted quienes esta tarde colocaron una bomba en el auto que Guy Lane había dejado estacionado a la salida del cementerio?

—Me gusta armar artefactos con los que dar sorpresas a la gente que me estorba —repuso Lapman riendo por lo bajo—. Fue una afición que nació en mí cuando la guerra. Yo luché con los ingenieros y tomé parte en varias acciones de los comandos. Me encanta destruir puentes, echar presas abajo y poner bombas conectadas a los objetos más inocentes para que uno vuele en pedazos al levantarlas del suelo, o al abrir una puerta, o al pisar el acelerador de un coche.

—¿También mató al detective Gaugot?

—¿Qué remedio? Ese fisgón que usted contrató sabía demasiado. Interrogó a la amiga de Lane, logró asustarla y hacerle confesar que Lane no estuvo en aquel tugurio tanto tiempo como quiso hacer creer.

—Así, pues, la coartada de Lane era falsa.

—Completamente. Lane escuchó la conversación telefónica entre

Lewis y Haley; pidió permiso al señor Lewis para ausentarse un rato y fue corriendo a avisar a Boyer. Creo que se encontraron en el vestíbulo de un teatro donde se daba una revista. Boyer había ido allí con la señorita Lewis. Como no podía dejar a la muchacha, Boyer envió a Lane de nuevo a la casa para que despachara al viejo. Lane se preparó primero su coartada y luego regresó a Portola Drive y mató al viejo. Después fue a reunirse con sus amigos. Ese detective de usted averiguó la mayor parte del asunto. La amiga de Lane avisó a éste, Lane fue asustado con el cuento a Boyer, y éste decidió eliminar al detective y también a Guy Lane. Eso fue lo que ocurrió.

Daniel guardó silencio durante un rato. No era necesario ser un lince para comprender que si Lapman le contaba todo aquello, era porque estaba seguro de que no podría repetir la historia a la policía.

—Muy bien, Lapman —dijo aclarando la voz con un carraspeo—. ¿Y ahora, qué piensa hacer conmigo?

—¡Oh, también he ideado un buen truco para deshacerme de usted y hacer que las cosas aparezcan como si se tratase de un accidente! Le pondremos en este mismo auto contra el volante, sacaré el tubo de la gasolina que va al carburador y haré que la gasolina se derrame sobre el motor caliente. También sacaré los cables de un par de bujías y los dejaré de modo que hagan contacto con la culata del motor. Al hacer funcionar el motor de arranque, saltará la chispa del cable de las bujías al metal del motor. Debajo del capó la gasolina derramada habrá formado una nube de gases que se incendiarán a la primera o segunda chispa. Su auto y usted con él bajarán ardiendo por un talud hasta el fondo de un barranco. Nadie sabrá jamás que no fue un accidente.

—Muy inteligente, Lapman —aprobó Daniel—. ¿Pero no se ha parado a pensar si le tendría más a cuenta negociar conmigo un arreglo?

—Un arreglo, ¿eh? —Lapman rió de nuevo—. No, amigo, no espere que me deje coger. Estoy tan comprometido en esto como el propio Boyer, y ya no puedo volver atrás. Eso sin contar que me conviene más seguir adelante con el primitivo plan y liquidarle a usted. Cuando Boyer controle todo el negocio de los taxis de San Francisco, yo seré su socio y aliado.

—¿De modo que eso es lo que cree? No conoce usted a Boyer si le cree capaz de repartir su fortuna con ningún socio. ¿Sabe lo que ocurrirá después que haya obtenido el control absoluto sobre los taxis de esta ciudad? Boyer buscará en otra parte un par de pistoleros y hará que le despachen a usted al otro barrio.

—Tal vez se crea que puede hacerlo —refunfuñó Lapman, evidentemente preocupado—. Pero yo le haré ver que está equivocado. Después que esto termine, Boyer y yo habremos quedado de tal modo vinculados, que ya nunca podrá desembarazarse de mí.

Lapman se inclinó para mirar por la ventanilla.

—Ve despacio ahora, Dochev —indicó—. Por aquí debe haber un lugar adecuado.

Daniel sintió que un sudor frío le iba bañando de pies a cabeza. No abrigaba la menor esperanza de salvación, pues sabía que Lapman estaba resuelto a asesinarle de todos modos. Si intentaba escapar le descerrajarían un tiro. Trató de adivinar en qué forma le pondrían en el coche para arrojarle por un barranco. «Me golpearán en la cabeza hasta matarme o hacerme perder el sentido», se dijo.

El auto se detuvo y el pistolero que llevaba el volante volvió la cabeza anunciando:

—Éste es un buen sitio.

Lapman empujó la portezuela y saltó a la carretera. El aire frío de la noche se precipitó en la caliente cabina del auto. Lapman dijo desde fuera:

—Sí, el auto se deslizará bien por ese talud hasta el fondo. Bajad a Haley.

Dan se apeó sintiendo contra su costado la presión de la pistola que estaba a su lado. Miró a su alrededor, sorprendiéndose de encontrarse de nuevo en la sinuosa Roosevelt Avenue. La carretera, excavada en la ladera de una montaña, tenía por un lado un muro de piedra, y por el otro la oscuridad compacta y fría de una profunda depresión. Lejos, llenando la perspectiva de uno a otro extremo, brillaban las luces de la ciudad de San Francisco, con el puente colgante tendido sobre la bahía hasta la ciudad satélite de Oakland.

—Ya, Svenson —dijo Lapman.

Daniel se volvió al mismo tiempo que la pistola caía sobre su

cabeza y le golpeaba en la sien.

Nunca supo cuánto tiempo estuvo desvanecido, aunque probablemente no fue mucho. Lejana escuchó una voz que decía:

—Vamos, empujen ahora...

Creyó sentir que se movía. Luego de pronto escuchó el gruñido característico del motor de arranque eléctrico. El auto dio una sacudida hacia adelante. Hubo a modo de una sorda explosión y Dan sintió en el rostro el calor de una llamarada a través del parabrisas. El auto de pronto empezó a dar tumbos.

Abrió los ojos sobrecogido de terror, pues de pronto recordó dónde estaba. Grandes llamas salían del motor de su auto, que se deslizaba rápidamente por una pendiente, cada vez a más velocidad.

La puerta de la izquierda había quedado abierta. Dan se movió con rapidez tirándose por ella.

Cayó rodando por un talud.

## CAPÍTULO VIII

El auto siguió bajando a gran velocidad, pegó un brinco y dio una vuelta de campana. Luego cayó sobre sus ruedas, se volteó de lado y siguió rodando como una antorcha esparciendo viva luz que iluminó el paraje en un gran radio. Al llegar abajo se produjo una explosión.

Después de rodar como una pelota, Dan consiguió asirse a un matorral y parar en seco. Todavía pudo ver cómo su auto, envuelto en llamas, daba las últimas vueltas hasta el fondo del barranco, donde continuó ardiendo como una hoguera. Entonces pensó que sólo por un milagro no se encontraba él mismo entre los restos retorcidos de la máquina, y esa idea le llenó de terror.

Luego pensó en los individuos que habían quedado en la carretera, y se sintió invadido de cólera homicida.

Se preguntó si Lapman continuaría arriba y si le habrían visto saltar del automóvil cuando éste rodaba por el talud, pero rechazó esta posibilidad. Probablemente, Lapman y sus secuaces no se habrían esperado a contemplar su obra. La carretera estaba muy frecuentada y se habrían apresurado a alejarse de aquel lugar.

Dan se puso en pie y empezó a escalar con pies y manos la ladera.

Un auto se detuvo en la carretera. De éste saltó un hombre que corrió hasta el borde del asfalto y quedó mirando a Daniel cuando éste salía del barranco con la cara llena de sangre y el sobretodo rasgado y sucio de barro.

—¿Iba usted en ese auto? —preguntó el hombre señalando a la máquina que ardía abajo.

—Sí. Por fortuna logré saltar a tiempo.

—¿Hay alguien más allí?

—No.

Otros dos autos llegaron desde la parte baja de la ciudad y se detuvieron a su vez. Tres hombres y una mujer cruzaron la carretera hasta Daniel y el automovilista que estaba con él. Después de las preguntas obligadas, todos parecieron tranquilizarse al saber que el único ocupante del auto siniestrado se había puesto a salvo.

—Ha tenido usted suerte —dijo uno de los automovilistas.

—No saben ustedes hasta qué punto —murmuró Daniel como hablando consigo mismo—. ¿Alguno de ustedes puede llevarme en su auto?

—Yo voy hacia Portola Drive —dijo uno de los automovilistas.

—¿Portola Drive? —repitió Dan—. Me conviene, yo voy también para allá.

Algunos automovilistas más llegaron al lugar del accidente cuando Daniel tomó asiento junto al conductor que le había brindado llevarle. Con algunos comentarios sobre la peligrosidad de aquella carretera, llegaron hasta el 1202 de Portola Drive y Dan rogó a su desconocido amigo que le dejara allí.

—Adiós, muchas gracias —dijo Dan. Y esperó hasta que el auto se hubo alejado.

La verja estaba solamente entornada sin cadena ni candado. No se veía luz en el pabellón contiguo a la entrada ni señales de vida alguna en los alrededores. Solamente al fondo brillaba una luz en la planta baja de la casa.

Dan se preguntó si sería prudente entrar en la casa, a riesgo de que los pistoleros de Boyer le echaran de nuevo el guante y le entregaran, a Lapman para que éste repitiera la ejecución con mayor fortuna que la vez primera.

Como quiera que no estaba dispuesto a permitirlo, Dan decidió tomar toda clase de precauciones.

Deslizándose por la entreabierta verja, avanzó por la alameda bajo los desnudos árboles hasta el patio que se extendía ante la fachada principal de la casa. Menos de una hora antes, el auto de Boyer estaba estacionado allí, pero ahora no se veía automóvil alguno.

La única ventana iluminada de la planta baja era la correspondiente al despacho de Robert Lewis. Dan cruzó el patio y se acercó a la ventana, empinándose sobre la puntilla de los pies

para mirar a través de los cristales.

La cortina no estaba totalmente corrida, quedando una abertura por la que pudo ver la rubia cabellera de Mary Lewis sobre el respaldo del sillón contiguo a la chimenea.

Dan llamó repiqueteando con las uñas sobre los cristales. A la segunda llamada, Mary se puso en pie de un salto y miró hacia la ventana con expresión asustada. Dan insistió en sus golpecitos. La muchacha desapareció de su campo visual y Dan temió que fuera a llamar a los guardianes de la casa.

La luz se apagó dentro de la habitación. Luego chirrió una falleba y una voz inquirió desde la oscuridad de la habitación:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, Daniel.

—¡Otra vez tú!

—¡Chist! No levantes la voz. Alguno de tus cancerberos podría llegar y me vería obligado a romperle la cabeza.

—Merecías que ellos te la rompieran a ti. Pero no lo harán, porque ya no están aquí.

—¿Se han marchado?

—Le rogué a Boyer que se los llevara consigo cuando se marchó. La presencia de esos hombres me ponía nerviosa.

—¿Puedo entrar?

Ella tardó en contestar.

—Ya iba a acostarme.

—Es sólo cuestión de un momento —insistió Daniel—. Necesito hacer una llamada por teléfono.

—Está bien.

Dan se encaramó al alféizar y pasó a través de la ventana mientras la muchacha iba a encender la luz que antes había apagado. Dan cerró las vidrieras y salió de entre las cortinas. Mary Lewis dejaba la pistola sobre la mesa. Al volverse y mirarle lanzó una ronca exclamación de sorpresa.

—¡Dios mío! ¿De dónde sales con toda esa sangre y las ropas destrozadas?

—Busca un poco de árnica o alcohol si tienes a mano. Voy a utilizar el teléfono. Luego te explicaré.

Mary salió rápidamente del despacho mientras Dan marcaba el número de teléfono de su oficina. Había un servicio permanente de

guardia en la oficina, así como en el garaje para atender a las llamadas nocturnas que pudieran producirse. Abel Moss se puso al aparato.

—Escucha esto, Moss —le dijo Daniel—. Llama a los muchachos y procura que vengan bien armados, incluso con ametralladoras y granadas de mano si es posible.

—¿Be qué se trata, muchacho? ¿Puedes anticiparme algo?

—Vamos a ajustar cuentas a Lapman y su pandilla de granujas. Pero antes deberéis venir a reuniros conmigo en Portola Drive, mil doscientos dos. Tenemos que hacerle una visita a un tal John Boyer administrador de la Compañía «Lewis Cab».

—Eso ya me gusta —gruñó Moss a través del hilo—. Hace tiempo que debimos haber empezado por ahí. De acuerdo, reúno a los muchachos y nos encontramos contigo lo más rápidamente posible.

—No tardéis.

Daniel Haley fumaba un cigarrillo cuando Mary Lewis regresó.

—Siéntate —le dijo—. Voy a quitarte esa horrible sangre de la cara. ¿Ellos te pegaron?

—¿Tus guardaespaldas? No, no fueron ellos. Tuve un accidente. Mi auto bajó envuelto en llamas por un talud en Roosevelt Avenue y se estrelló en el fondo de un barranco.

—¿Cómo pudo ocurrirte semejante cosa?

—¡Oh, verás! Cuando el auto fue empujado fuera de la carretera y se lanzó pendiente abajo, yo estaba sin sentido caído sobre el volante. Tuve el tiempo justo para saltar por la portezuela y abandonar el auto antes que fuera demasiado tarde. En unos segundos más no habría podido hacerlo, y a, estas horas yo sería un Daniel Haley muerto y achicharrado. ¿No es divertido?

Mary Lewis le contempló gravemente, con sus grandes y hermosos ojos.

—¿Qué quieres decir con eso de que ibas sin sentido tras el volante de tu auto? No te comprendo —murmuró.

—Pues es muy sencillo. Cuando tus guardaespaldas me echaron de tu casa, decidí acudir a la policía y contarle la historia que tú no me habías creído. Pero tu simpático amigo Boyer llamó por teléfono a un tal Loren Lapman. Su Voz corrió más aprisa que mi auto, y cuando llegué ante el cuartel de la policía me encontré allí a

Lapman y sus pistoleros que me estaban esperando. Me golpearon en la cabeza, me metieron en mi propio auto, y cuando desperté, estaba viajando en compañía de Lapman.

—¡Oh!

—Lapman fue muy sincero conmigo —continuó Dan—. Me dijo que Boyer le había llamado desde aquí recomendándole muy encarecidamente que me despachara al otro barrio. Lapman iba a complacer a su amigo, pues por algo eran socios. Como de todas formas iban a cerrarme la boca para siempre, Lapman no tuvo inconveniente en confesar que Guy Lane había asesinado a tu padre por mandato de John Boyer...

—¡Dios mío, Dan! ¿Estás... estás hablando en serio? —balbuceó la joven aterrada.

—Completamente. Lane escuchó la conversación telefónica entre mi padre y el tuyo. Como quiera que había sacado los boletos para la función de esa noche y sabía dónde podría encontrar a Boyer, corrió a encontrarse con él en el vestíbulo del teatro. Tú aseguraste que Boyer no se separó de ti un solo instante.

—Que yo recuerde, sólo me dejó durante tres o cuatro minutos. Fue en el teatro, después de acompañarme hasta mi butaca.

—Seguramente vio a Guy Lane entre la multitud al entrar en el teatro. Guy le haría alguna seña y Boyer saldría a encontrarse con él en el vestíbulo o en la calle. Lane debió darle cuenta de la entrevista que tu padre y mi padre acababan de concertar por teléfono, y en ese mismo instante, Boyer decidió la suerte que debía correr tu padre.

—¡Pobre papá! —gimió la muchacha. Y se dejó caer en el sillón llorando en silencio.

Dan esperó hasta que ella se hubo recobrado de su impresión. Luego le contó cómo Lane había preparado su coartada, la cual destruyó el detective Gaugot al interrogar a la dueña del garito.

—Lapman envió un pistolero para liquidar a Gaugot, pero de todos modos, Boyer decidió librarse de Lane y encargó a su socio Lapman que lo despachara. Fue Lapman quien colocó la bomba en el auto de Lane. Había hecho cosas parecidas durante la guerra, y todavía conserva su afición a armar trampas diabólicas. También fue muy ingeniosa la forma en que planeó mi asesinato para que mi muerte pareciera un simple accidente.

Los bellos ojos de Mary Lewis relampaguearon.

—¡Y ese cobarde asesino todavía tuvo la desfachatez de declarármeme esta noche! —exclamó.

—Supongo que te refieres a Boyer.

—¿A quién si no? ¿No fue él quien ordenó la ejecución de mi padre, de Gaugot, de Lane y finalmente tu muerte?

—Olvidas a mi administrador. También el ataque contra mi garaje debió ordenarlo Boyer, aunque probablemente no fue Lapman quien lo ejecutó. Entonces todavía no debían haberse asociado. Boyer quiso hacer parecer aquel asalto como obra de Lapman y su gente... Sí, Boyer tiene una larga cuenta pendiente conmigo, y no amanecerá un nuevo día sin que se la haya cobrado total y cumplidamente. Por cierto, ¿cuál fue tu respuesta a Boyer después que él se te declaró?

—¿Tú qué piensas? —inquirió ella desafiante.

—No sabría qué decir. A veces he pensado que Boyer te quería de veras. Tal vez el amor que dice sentir por ti sea lo único realmente honrado que hay en él, de modo que al menos su acento debió sonar a sinceridad cuando se declaraba...

—Pues si fue así, Boyer aprendió hoy una amarga lección. Acepté todas sus mentiras, y no le creí en su única verdad. Boyer no fue muy oportuno viniendo a declararse esta noche. Al menos debió esperar unos días hasta después que yo supiera que habías muerto en un accidente.

—¿Quieres decir que mi muerte habría influido en tu respuesta?

Un ligero rubor cubrió las mejillas de Mary. Levantó los hombros y sacudió la cabeza.

—No, decididamente no. Mi idea sobre Boyer es que es un tremendo ambicioso.

—¿Y de mí, Mary? ¿Qué piensas ahora de mí?

—Siempre te tuve por un buen muchacho, Dan. Algo loco y poco serio, pero... En fin, no tiene importancia. Vamos a curarte esa herida —dijo poniéndose repentinamente en pie.

Dan alargó las manos y la asió por los hombros.

—Espera un poco, Mary. Todavía esta noche puedo morir. Antes de arriesgarme de nuevo, me gustaría saber qué harás en el supuesto que yo muera. ¿Reconciliarás a la «Compañía Lewis» con la «Haley» y volveréis a marchar unidos como siempre debió ser?

—Eso por descontado. Más, ¿por qué dices que todavía puedes morir esta noche? ¿Cuál es el riesgo que dices vas a correr?

—He llamado a mis muchachos para que vengan a reunirse conmigo. Primero le haremos una visita a John Boyer..., y luego iremos a ajustarle cuentas a Lapman.

—¡Dan, tú no debes hacer eso! No es cosa tuya hacer pagar a Boyer ni a Lapman por sus crímenes. Si te tomas la venganza por tu mano, puedes ser detenido y juzgado como asesino aun habiendo hecho justicia. ¡Dan, dime que no lo harás!

—Juré que vengaría la muerte de Max Faber.

—¿Y qué mejor venganza que ver a esos hombres sentados en el banquillo de los acusados, respondiendo a una acusación por asesinato?

—Temo que si no le meto una bala en la nuca a ese canalla de Boyer, logrará salvarse enredando a la policía, al jurado y hasta al mismo verdugo para que le perdonen la vida. Esto es algo que debo hacer por mí mismo. Sólo así podré estar seguro de que mi justicia es total y completa.

—Dan, si yo te dijera..., si yo te dijera que te amo y deseo conservarte vivo..., ¿te haría eso cambiar de idea? —murmuró Mary mirándole a los ojos.

La espontánea confesión de la muchacha sacudió a Daniel Haley como una corriente eléctrica. Cayó entonces en la cuenta de que insensiblemente, a lo largo de aquellos últimos días, el afecto que sentía por Mary Lewis se había ido convirtiendo en algo más concreto, más vehemente y lleno de inquietudes. Y esta cosa nueva que él sentía debía haber asomado alguna vez a sus ojos, ya que de lo contrario, Mary no le hablaría con la certidumbre de que su súplica no iba a ser del todo desatendida.

—Bueno, Mary. Yo... —murmuró. Se interrumpió de pronto, e inclinándose, puso sus labios sobre los labios de la muchacha.

El sonido del timbre les hizo separarse, arrancándoles bruscamente de su éxtasis amoroso. Se miraron con alarma.

—¿Esperas a alguien? —preguntó él.

—No. Como no sean tus hombres...

—Es demasiado pronto. No pueden haberse reunido y acudir tan rápido. Tal vez sea Boyer. Es posible que Lapman me viera saltar del auto...

Mary señaló al teléfono.

—Llama a la policía.

—No. ¿Para qué? Ve tú a abrir. Si es Boyer y viene solo, déjale entrar. Si es Lapman e insiste en entrar, di que vas a llamar a la policía. Pon la cadena para que no puedan abrir de un empujón.

Mary salió del despacho, dejando la puerta abierta. Dan cogió la pistola que estaba sobre la mesa y la conservó en la mano.

Poco después, atisbando por la puerta, Dan veía a Mary Lewis que regresaba seguida del teniente Covert y el sargento Waldo. Daniel guardaba la pistola en el bolsillo cuando Covert entró en la habitación y quedó mirándole con expresión seria.

—¿De dónde sale usted con esa facha? —preguntó—. ¿Le atropelló un camión?

—Cuéntaselo todo, Dan —suplicó Mary. Y agregó—: De lo contrario, lo haré yo.

—Sí, hable —dijo Covert—. Le voy a escuchar con mucho interés. Sobre todo, si explica qué relación hubo entre usted y ese Gaugot que encontramos muerto esta tarde. Usted estuvo en la oficina de Gaugot, ¿no es cierto?

—Sí —admitió Dan—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Cuando uno escribe con bolígrafo sobre la hoja de una libreta suele quedar en la página de abajo la impresión de la punta del bolígrafo. Alguien había arrancado la hoja de la agenda de Gaugot, pero pudimos leer lo que se escribió en ella por lo que quedó grabado en la hoja siguiente.

—Está bien, no importa ya que lo diga. Yo estuve en el despacho de Gaugot y arranqué la página de su libreta. Más tarde llamé por teléfono desde mi casa denunciando el crimen a la policía, aunque sin dar mi nombre.

Dan relató cuanto le había ocurrido desde que abandonó el edificio de la policía, hasta que pudo saltar del coche incendiado y regresar a 1202 de Portola Drive, sin omitir naturalmente una palabra de cuanto le dijo Lapman y lo que él mismo había deducido del resto.

Después que Daniel dio fin a su historia, Covert guardó pensativo silencio durante un largo minuto. Más que sorprendido, en realidad, parecía disgustado e irritado consigo mismo cuando habló:

—Me gustará charlar con ese Boyer y ver qué responde él a todo esto. ¿Está usted dispuesto a venir conmigo?

—Por nada del mundo me perdería esa entrevista —dijo Daniel.

—¿Puedo yo acompañarles? —preguntó Mary. Covert hizo una mueca y la muchacha añadió—: No tardo ni un minuto en cambiarme de ropa.

Daniel aprovechó la espera para limpiarse la sangre de la cara con uno de los algodones que había traído Mary empapada en alcohol.

Mary no tardó más de dos minutos en aparecer de nuevo anudando el cinturón de un grueso abrigo de corte deportivo. Cuando salían de la casa, el grupo se vio enfocado por los deslumbrantes faros de un par de automóviles que llegaban en este momento.

Apenas se habían parado los autos, cuando una docena de tipos saltó a tierra y corrió a rodear al grupo.

—Aquí estamos, jefe —dijo la ronca voz de George Catlow—. Me parece que llegamos a tiempo.

—¿A tiempo de qué, granujas? —chilló Covert furioso—. Aparten esas ametralladoras. Y prepárense a venir arrestados por tenencia ilícita de armas.

Catlow, como dos o tres más del grupo, empuñaba en efecto una metralleta. Pero no se arredró, sino que apuntando con el arma al teniente, preguntó:

—¿Le despacho, jefe?

—Ya lo harás otro día, «Yumbo» —dijo Daniel—. Al menos por esta vez, la policía es nuestra aliada. Creo que al teniente Covert no le importará aceptar nuestra escolta. ¿No es cierto, teniente?

—Esto es completamente nuevo para mí —contestó Covert—. ¡La policía escoltada por una pandilla de *gangsters*! No sé lo que dirán de esto los periódicos de mañana, pero vamos a ir todos juntos por si necesitáramos su ayuda.

Los hombres de Haley volvieron a los autos. Daniel y Mary se acomodaron en el auto policial, a cuyo volante esperaba un sorprendido detective, y la caravana se puso en marcha saliendo por la alameda a la carretera, y continuando por ésta y por la Avenida Diecinueve hasta South Drive, donde John Boyer tenía su casa.

La única persona del grupo que había estado antes en la nueva

casa de John Boyer, era Mary Lewis. Siguiendo las indicaciones de ésta, el detective conductor tomó un camino a la izquierda que conducía a una zona residencial en proceso de urbanización.

—Creo que es aquélla la casa —dijo Mary señalando hacia adelante—. La verdad es que sólo estuve aquí una vez, cuando Boyer estaba levantando el edificio.

—Pare, Dufley —ordenó Covert al detective que iba a su lado.

El conductor llevó el auto detrás de otros dos automóviles que estaban aparcados junto al bordillo de la acera. La acera era ancha y estaba plantada de árboles a trechos regulares. Se veía una cerca de madera a baja altura, y detrás de ésta un retazo de prado y uno de aquellos *bungalows* tan en boga en aquel tiempo.

Se veía luz en tres ventanas de la casa.

—Me parece que Boyer tiene visita —rezongó Daniel mientras el sargento y el teniente saltaban a la acera.

Apenas los policías habían tocado el asfalto, cuando sonaron dos disparos. Uno de los proyectiles pasó a través del parabrisas del auto y lanzó hacia los pasajeros del asiento posterior una lluvia de cristal pulverizado. Dan cogió a Mary y la obligó a agacharse tras el asiento delantero.

Los autos de la gente de Haley se detenían detrás del coche policial en este momento. La portezuela había quedado abierta y el teniente Covert corrió a guarecerse tras ella mientras el detective que llevaba el volante se echaba sobre el asiento.

—¡Maldita sea, han herido a Waldo! —rugió Covert. Y levantó el brazo haciendo dos disparos contra el auto aparcado a diez metros de distancia.

Desde el amparo del auto contestaron con varios disparos rápidos. Dos de ellos resonaron contra la plancha metálica de la portezuela y Covert se estremeció al recibir los impactos.

—¡Teniente! —llamó el detective Dufley.

—Dufley..., tome usted el mando —rugió Covert entrecortadamente—. Utilice a la gente de Haley... asalte la casa y acabe con esos malditos si ofrecen resistencia.

Dufley, que era joven y probablemente inexperto, quedó unos segundos confundido.

—No te muevas de aquí, Mary —dijo Dan sacando la pistola del bolsillo.

—¡Dan, no te arriesgues! —gritó la chica. Pero Daniel ya no la escuchaba.

Saltando por la portezuela abierta, Dan cayó en la acera y rodó por ésta como una pelota hasta la protección de un árbol. Un balazo se clavó en el tronco.

—¡Catlow! ¡Moss! Rodead a esos malditos autos por el otro lado de la carretera —gritó Daniel hacia atrás.

Cuatro o cinco hombres saltaron a la carretera por el lado contrario a la acera y corrieron agazapados hasta la acera opuesta. Desde los autos les dispararon con una pistola. Dan supuso que se trataba de Andrew y el otro guardaespaldas que acompañaron a Boyer al abandonar la mansión de los Lewis. Sin embargo, cabía también que Lapman hubiera ido a encontrarse con Boyer para dar cuenta del cumplimiento de las órdenes emitidas por éste.

Dan sintió que su corazón se alegraba. Si la cuadrilla de Lapman estaba allí, ésta sería una buena ocasión para ajustar cuentas a todos de una sola vez. El sargento Waldo y el teniente Covert yacían sobre la acera, heridos ambos o tal vez muertos. Covert había autorizado a Dufley para que utilizara a la banda de Catlow, de modo que a todos los efectos, la acción estaría respaldada por esta orden de Covert. Todo ciudadano estaba obligado a prestar ayuda a la policía según la Ley, y ahora, él, estaba dentro de esa Ley.

Desde la acera opuesta tableteó una ametralladora. Un rifle de tiro rápido y dos pistolas ladraron haciendo coro a la metralleta.

Abel Moss dio una carrera y llegó junto al árbol que servía de parapeto a Dan. Moss empuñaba una metralleta y disparó una corta ráfaga contra los autos que estaban más lejos. Luego se volvió hacia Dan.

—Esto me está gustando. ¿Es ésta la casa de ese puerco de administrador de Lewis?

—Sí, Moss. El ataque a nuestro garaje, que costó la vida a Fabr , fue obra de ese sinvergüenza. Ve con un par de muchachos por la parte de atrás. Nadie debe escapar de esa casa.

La resistencia había cesado en los autos. Mientras Moss se alejaba con sus amigos, Dan se reunió con Dufley. Éste se había inclinado sobre el teniente Covert.

—Le dieron en el estómago —dijo Dufley—. Voy a llamar por radioteléfono para que envíen una ambulancia. Tamb en pedir 

refuerzos. Vaya con sus hombres a rodear la casa y no permitan que escape nadie. Pero no se arriesguen innecesariamente. Todo lo que tienen que hacer es sostener el fuego mientras llegan los refuerzos.

George Catlow llegó seguido de los hombres que le acompañaron al otro lado de la carretera.

—Allí hemos dejado dos tipos patas arriba —confió—. ¿Qué hacemos?

—Vamos hacia la casa. «Yumbo», dame tu ametralladora.

Cuando cruzaban la cerca sonaron varios disparos en la parte de atrás de la casa, subrayados a continuación por la metrallata de Abel Moss. Dan echó a correr hacia la puerta principal. Mientras cruzaba el prado cayeron con estrépito los cristales de una ventana, y una pistola escupió largas llamas de fuego color anaranjado.

Dan se tiró al suelo, rodó por el césped y se puso a gatas, llegando hasta la puerta principal que estaba cerrada. Detrás de él, Catlow y el resto de la cuadrilla se dispersaron para correr a agazaparse tras los setos.

Separándose un poco de la puerta, Dan apuntó a la cerradura y disparó una corta ráfaga. Las luces habían sido apagadas en la casa al sonar los primeros disparos. Dan cargó con el hombro contra la puerta, que se abrió bajo su empuje de par en par. Dan cayó rodando por una alfombra. Un fogonazo traspasó la oscuridad del *hall* y una bala silbó muy cerca de la cara de Daniel. Éste volvió el cañón de la metrallata hacia donde había brillado el fogonazo y disparó.

Al cesar el estruendo de los disparos se escuchó el golpe blando de un cuerpo que se deslizaba al suelo. Luego volvieron a restallar las pistolas en la parte de atrás de la casa, seguidas del tableteo de la ametralladora.

Desde la calle, alguien apuntó un faro móvil contra la casa. Dan pudo ver entonces al hombre que estaba tendido de través ante la puerta lateral de un salón. Había otra puerta al fondo y en ella apareció repentinamente un hombre que empuñaba un revólver. Era Lapman.

La luz que entraba por la puerta desde la calle iluminaba el *hall*. Lapman vio a Dan en el suelo y le apuntó con la pistola. Dan disparó desde el suelo y Lapman giró sobre sí mismo y cayó contra el marco antes de rodar por el suelo. Otro hombre se plantó de

improvisó en la puerta y disparó.

El disparo alcanzó a Dan en la pantorrilla. La rociada de balas que Daniel envió como respuesta hizo saltar astillas del marco y destrozó la cara del hombre, que cayó hacia atrás.

Dan dejó caer la descargada metralleta y empuñó la pistola. Se puso en pie y avanzó cojeando hacia la puerta del fondo. Ésta daba a un pasillo. Dos hombres venían corriendo hacia el *hall* cuando sonó una descarga de ametralladora que derribó a ambos individuos. Luego, la puerta del fondo saltó bajo un formidable puntapié y Abel Moss apareció empuñando su terrible metralleta.

—¡Soy yo, Haley! —gritó Dan.

Moss bajó el cañón de su ametralladora. Dan avanzó por el pasillo hasta la puerta de la cocina. Hizo una seña a Moss para que avanzara y gritó:

—¡Salga quienquiera que esté ahí dentro!

Nadie contestó. Dan levantó la mano hasta el interruptor de la luz. La luz se encendió en la cocina. Dan entró de un salto.

Allí estaba John Boyer, acurrucado en un rincón temblando de pies a cabeza. No tenía arma alguna y miró a Dan con expresión de terror.

—Sabía que no sería capaz de luchar —dijo Dan—. Era capaz de planear los crímenes más audaces, pero le faltó el valor para llevarlos a cabo por sí mismo. Fue por eso que tuvo que buscar a Lapman como aliado.

Boyer siguió mirándole con terror.

—Vamos, salga de ahí —dijo Dan—. Al menos, muéstrese digno ante la adversidad.

Hizo una seña a Moss y salió cojeando de la casa.

Una sirena sonaba a lo lejos acercándose por momentos. Cuando cruzaba la cerca, Mary corrió a su encuentro.

—¡Estás herido!

—Nada de importancia. Cogimos a Boyer. Lapman murió.

Ella le miró en la forma reverente que contemplaría a un héroe. Luego se abrazó a él y suspiró.

—Volvamos a casa —dijo.

—Sí —repuso él—. Pero antes iremos a sacar a papá de aquel inmundito calabozo.

Quando iban hacia los automóviles se cruzaron con Dufley.

—Muy bien, Haley —dijo el detective—. Aunque seguramente se excedió. Espero que haya quedado alguien con vida.

—El personaje principal de esta historia está vivo. Todavía podrán lucirse haciéndole sentar en el banquillo de los acusados.

Dufley se alejó con un ademán.

Las sirenas seguían acercándose, pero su aullido ahora sonó a campanas en el ánimo de Daniel Haley.

FIN



Pascual Enguádanos Usach (Liria, 13 de diciembre de 1923 - ibídem, 28 de marzo de 2006) fue un escritor español, uno de los clásicos europeos de la ciencia ficción y el decano de la ciencia ficción española.

Nacido y vecino de Liria (Valencia), Pascual Enguádanos Usach, funcionario jubilado de Obras Públicas y escritor, es considerado en la actualidad el decano de los autores españoles de ciencia ficción, representando a la primera generación de postguerra y quizá el de mayor éxito entre los autores de novela popular en su época. Si bien se encuadró inicialmente en lo que se ha dado en llamar Escuela Valenciana de Ciencia Ficción, desde los años 60 se le comenzó a considerar en medios literarios del género como uno de los escritores españoles de mayor alcance. Comenzó su andadura como escritor en las colecciones de Editorial Valenciana Comandos, Policía Montada o Western, mientras que luego en la Editorial Bruguera colaboraría en Oeste, Servicio Secreto y La Conquista del Espacio. Bajo el pseudónimo de «Van S. Smith» o de «George H. White», publicó nada menos que noventa y cinco novelas dedicadas al género. Su reputación en la ciencia ficción española de los años cincuenta procede de un estilo ágil y del universo que propuso, pues cincuenta y cuatro de sus obras se inscriben en la llamada Saga de

los Aznar, una auténtica novela-río adaptada al tebeo en dos ocasiones y que recibió en Bruselas el galardón a la mejor serie europea de ficción científica o, si usamos el anglicismo, ciencia ficción. La Saga fue reescrita y ampliada en los años 70 y ha sido objeto de atención y reedición, y es actualmente reivindicada por aficionados y autores que continúan su obra.

Enguádanos propuso al editor de Valenciana una nueva colección dedicada a la ficción científica y para la cual había comenzado a escribir algunas obras. Éste fue el inicio de la histórica Luchadores del Espacio, joya de la ciencia-ficción española, publicada en la década de los 50 por la Editorial Valenciana y donde la serie de Enguádanos, La Saga de los Aznar, con treinta y dos novelas que aparecieron entre 1953 y 1958, constituiría el cuerpo central de la colección. La obra, que recordaba a veces la estética de *Flash Gordon* y la literatura del Coronel Ignotus, fue reconocida como la mejor serie de ciencia-ficción publicada en Europa, (Convención Europea de Ciencia Ficción, Bruselas, 1978).

Pascual Enguádanos desapareció de los medios públicos, y el fandom perdió contacto con él, hasta que por diferentes medios, Javier Redal y Andrés Rodrigo, autores y miembros significativamente activos del mundillo de la ciencia-ficción española lo localizaron en su residencia de Liria, donde vivía ya apartado de la escritura, e ignorante de la repercusión de su obra. En la HispaCon de 1994, celebrada en la localidad valenciana de Burjassot y dirigida por el citado Andrés Rodrigo, Pascual Enguádanos fue homenajeado como Invitado de Honor recibiendo, por primera vez en muchos años, el reconocimiento de los aficionados al género de ficción de toda España.

El autor sería también homenajeado en el XXI Congreso Nacional de Fantasía y Ciencia-Ficción (HispaCon 2003) y durante la ceremonia de entrega de los premios Ignotus le fue concedido el premio Gabriel por la labor de toda una vida.